UN MATRIMONIO EN PROVINCIAS

(1885)

Giovanni Segantini

M.ª Antonietta Torriani

(Marquesa Colombi)

Traducción:

Julio Tamayo

cinelacion@yahoo.es

INTROITO

Como casi todo el mundo, incluidos los italianos, conocí a la Marquesa Colombi, en realidad Maria Antonietta Torriani, gracias a la escritora italiana Natalia Ginzburg, encargada del prólogo de la reedición en Italia de 1973. Sin ser mi escritora favorita su vinculación indirecta con Carmen Martín Gaite, escritora a la que tengo más cariño que devoción por cuestiones personales y/o geográficas, hace que sus opiniones las tenga relativamente en cuenta. Si lo primero que hubiera leído sobre la Marquesa Colombi fuera el mediocre prólogo a la primera edición en español escrito por Cristina Grande lo más probable es que jamás hubiera dado el paso de leerlo. En cuanto a la traducción, primero lo leí en español y luego en italiano, indolente que es uno, pues decir que como el 90% de las traducciones realizadas en España, se lee muy bien, con mucha fluidez, demasiada, con expresiones populares españolas y todo, algo que siempre me hace sospechar. Y en efecto, la traducción de Mercedes y María Corral, prestigiosas traductoras, es muy correcta, y profundamente infiel, deshonesta, con las palabras de la Marquesa Colombi, más que una traducción es una arbitraria reescritura, algo que jamás comprenderé, y menos cuando hablamos de un idioma tan cristalino, y similar el español, como el italiano. Me parece una falta de respeto, de fidelidad a los escritores, y lo triste es que es lo habitual, se ve que en España hay demasiados escritores frustrados.

La motivación de mi nueva traducción es ésta, restituir la literalidad de las palabras de la Marquesa Colombi, sin españolizarla. Respetar no solo el espíritu, sino la letra, la puntuación, de la autora, sin tomarme libertades, arbitrariedades. Tomando el texto original como algo acabado, cerrado, y no como una simple referencia. Volviendo a Ginzburg, uno siente la presión de no estar a la altura como lector, porque si bien es fácil comprender qué es lo que le gustó, lo que le hace valorar tanto el libro, el problema es de medida, no es una obra maestra. En el sentido de que no es un libro único, ni en la forma, ese costumbrismo provinciano con toques de ironía también lo cultivó Matilde Serao (luego Camilleri), y posteriormente en cine Pietro Germi ("Divorcio a la italiana", "Seducida y abandonada"). Ni en el contenido, entre "Un matrimonio provinciano" y "La tía Tula" de Unamuno, o "La señorita de Trevélez" de Arniches, hay muchas similitudes, ya no digamos con sus geniales adaptaciones al cine, "La tía Tula" de Picazo y "Calle Mayor" de Bardem. ¿Esto quiere decir que la novela no es buena? Ni mucho menos, es muy buena, muy divertida, es una novela de atmósfera, de miradas, de sobreentendidos, vamos que muy cinematográfica, fue llevada a la televisión en 1980 por el intrascendente Gianni Bongioanni. Su punto fuerte es cómo convierte los objetos, los pequeños rituales, en protagonistas, cómo consigue que el sueño, el ensueño, se vaya adueñando de la narración hasta sustituir casi por completo a la gris realidad. Cómo lleva al lector hacia la expectativa de un desarrollo convencional de novela romántica, para darle por completo la vuelta. Cómo critica el patriarcado, el sometimiento, pasividad, pragmatismo, de las mujeres de provincias, sin parecer que lo hace, simplemente mostrando. En definitiva, un gran libro que se disfraza de pequeño para no levantar sospechas, recuerdo que está fechado en 1885.

"Creo que sobre estas páginas fijé la mirada seria, severa, devota y maravillada con la que observamos en la infancia las caras de los adultos que se inclinan hacia nosotros." **Natalia Ginzburg**

“Un matrimonio en provincias” es el libro más anti-cartesiano de la historia de la literatura. Fassbinder, la bestia parda teutona, decía que prefería trabajar con actrices porque eran mucho más sentimentales, valientes, alocadas, se dejaban llevar más que los actores y no tenían sentido de la vergüenza, del ridículo. Si esto es verdad, las generalizaciones siempre rozan la estupidez, la amiga Torriani es el ejemplo paradigmático, escribe a calzón quitao, sin cadena, no dejándose nada en el tintero, no guardándose ningún sentimiento, ningún pensamiento, por exagerados, hiperbólicos que sean, que son. Torriani, Denza, ama como si no hubiera un mañana, y le honra, aunque el objeto de su amor no pase de amigo imaginario, de interlocutor soñado. Amar el amor es una forma de amarse a uno mismo sin sorpresas a los nueve meses ni tapas levantadas. Cuesta imaginarse este libro escrito por un hombre, y no porque no sientan de una manera tan arrebatada, tan apasionada, tan ridícula, sino porque les puede el qué dirán, el miedo a quedar como unas nenazas ante los demás, lo que somos todos los hombres a poco que nos rasquen, el orgullo, que rima con capuchino.

Julio Tamayo

Es difícil imaginar una juventud más monótona, más escuálida, más destituida de todo gozo que la mía. Repensándola, después de tantos y tantos años, resiento todavía el inmenso letargo de aquella calma muerta que duraba, duraba inalterable, todo el tiempo, del cual estaban separados los muy pocos acontecimientos de nuestra familia.

No conocí a mi madre, que murió en el primer año de mi vida. La familia se componía de padre, notario Pietro Dellara; de una vieja tía de él, una pequeña solterona, seca como un arenque, que dormía en la cocina donde había puesto un biombo para ocultar el lecho, y pasaba la vida en la oscuridad detrás de aquel biombo; de mi hermana mayor Caterina, a la que se llamaba Titina; y de mí, que había heredado de mi padrino el infeliz nombre de Gaudenzia, reducido, para uso familiar, al ridículo diminutivo de Denza.

Teníamos una casa... ¡Dios qué casa! Una antecámara, de tamaño normal, pero clara que deslumbraba, y perfectamente vacía.

No había donde posar un sombrero. Algunos tiestos con restos de tierra reseca y de las colillas de las plantas, muertas de sequía, porque nadie se había ocupado jamás de regarlas, la abarrotaban aquí y allá, y servían, cuando era necesario, para mantener abierta la puerta que daba a la sala.

La vasta sala, cuadrada, clara, demasiado clara, porque no había persianas, ni cortinas, ni ventanas opacas, estaba amueblada con un diván adosado a la pared principal contra las ventanas, cuatro sillones dos a la derecha y dos a la izquierda del diván, apoyados en la pared, y ocho sillas a lo largo de las paredes laterales, cuatro por cada lado.

En el centro de la sala había una mesa redonda, cubierta con un tapete de lana; y sobre el rosetón en medio del tapete, había una guantera con tapadera de vidrio, a través de la cual se veía un par de guantes blancos un poco desgastados. La caja era un regalo nupcial de padre a su esposa, y los guantes eran los que mi pobre mamá había portado el día de las nupcias. En torno a la caja estaban alineados en la mesa: dos servilleteros recamados sobre el cañamazo, con el escrito «buen apetito»; una cigarrera de terciopelo rojo, con un pensamiento recamado en seda; un sobre de piel oscura, embutido de raso turquesa, que siempre estaba abierto para dejar ver una taza y un platillo de plata, regalo de mi padrino Gaudenzio a mi mamá, con motivo de mi nacimiento.

Ninguna de aquellas cosas había servido nunca para el uso al cual estaban destinadas, porque padre las encontraba demasiado lujosas y en consecuencia las guardaba en la sala, la habitación de lujo de la casa.

Después de la sala venía la habitación de padre con un gran lecho nupcial, que la llenaba por completo. En la cabecera del lecho había dos piletas de agua bendita de plata cincelada, que el tiempo había oxidado volviéndolas más bellas, otras dos piletas de porcelana, con forma de ángeles, con la túnica levantada que hacía de cáliz, y finalmente una quinta pileta de cobre plateado, que sin embargo había perdido la plata, que era la única que verdaderamente contenía agua bendita. Y sobre la pileta había colgadas muchas ramas de olivo, y palmeras, y un manojo de *cirios pascuales*, a partir de los cuales se habría podido contar los años desde que padre había puesto su casa, comenzando por los primeros, representados por candelas picadas, mantenidas juntas sólo por el pabilo de algodón, sobre el cual aquellos viejos trozos de cera ennegrecida, colgaban como una sarta de salchichas, y pasando poco a poco, de año en año, a través de los *cirios pascuales* desconchados, desmenuzados, retorcidos, después por el conjunto gradualmente sucio, que, del color castaño, se degradaba hacia todos los tonos del amarillo, hasta el del último año, intacto, casi blanco, con florecillas pintadas de rojo y verde, que eran una belleza.

A la derecha del lecho había un arcón, donde padre guardaba celosamente encerrado el dinero y lo que llamaba «las reliquias de la familia»: los retratos en daguerrotipo de él y de mamá cuando se esposaron, casi completamente desvanecidos; la capotita que había servido para nuestro bautismo; una cantidad de hojas amarillentas, que contenían las poesías juveniles de padre, y finalmente las joyas de mamá.

Al otro lado del gran lecho, había ocho sillas de respaldo alto, ni antiguas ni bellas, solamente viejas, y desplegadas en fila como tantos soldados. Y si por casualidad una se separaba un dedo de la pared, o permanecía girada aunque solo fuera una línea hacia su vecina, padre corría a ponerla en su sitio y no estaba contento si no se había asegurado, inclinándose y enfocando como si fuera a disparar, que las ocho sillas formaran una línea recta intachable.

Después de la habitación de padre, había una vasta cocina, de donde la tía había excluido su dormitorio con el biombo; lo que no impedía que cupiera con comodidad una mesa ordinaria para uso de la cocina, y una mesa de nogal más grande, donde se almorzaba.

Detrás de la cocina había una estancia grande, baja de techo, con las paredes encaladas, donde dormíamos Titina y yo. Nuestros lechos eran de los primitivos, hechos de caballetes y banquetas, con un saco de espatas de maíz y un jergón. Y en la cabecera del lecho también teníamos nosotras la pileta de agua bendita, pero de barro barnizado como las cazuelas de la cocina, imágenes sagradas que, para ahorrarse el marco, se habían pegado a la pared con pasta, y un rosario de avellanas con una nuez por cada padrenuestro, que nos había hecho cometer con el deseo quien sabe cuantos pecados de gula, y que debía su salvación, en los primeros años a su carácter sagrado, y más tarde a su gran hedor a rancio.

No había un jardín, ni un patio, ni un balcón para salir y respirar al aire libre.

Pero, en compensación, nuestro padre tenía la pasión, la fe, la manía del movimiento. Para todas las enfermedades, para todos los problemas de la vida admitía solo dos remedios, pero eran infalibles: una vela a la Virgen, y el movimiento.

También los usaba como preservativos, como simples medidas higiénicas; porque no teníamos en casa ni enfermedades, ni problemas; sin embargo, la vela iba a encenderla todos los viernes, y en cuanto al movimiento, si lo pienso todavía me duelen las plantas de los pies.

¡Dios! ¡Cuánto caminamos por aquellos caminos reales, rectos, blancos de nieve en invierno, y de polvo en verano, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista en las vastas llanuras, entre los prados y los arrozales de la zona baja de Novara!

He dicho que mi padre era notario; pero su despacho no era asaltado por los clientes. Tenía un joven practicante, y él solo con esa ayuda le bastaba para todo, e incluso adelantaba tiempo para nuestros enormes paseos.

Por la mañana nos hacía levantarnos muy temprano, apenas nos daba tiempo para vestirnos, y fuera; dejando la casa alborotada, los lechos deshechos, bajábamos, por un camino real cualquiera, sin elección, sin propósito.

A él no le importaba que los lugares fueran bellos; no aspiraba a hacer excursiones alpinas; punto. Su pasión era solo poner un pie delante del otro, durante muchas horas seguidas, y poder decir a su regreso: «Se han hecho tantos kilómetros».

Cuando volvíamos estábamos cansadas, y no teníamos ganas de trajinar para ordenar la casa. Había una sirvienta que llegaba a las ocho de la mañana, y se iba hacia las dos. En esas horas debía ordenar, ir al mercado, cocinar, servir la mesa, fregar.

Así que todo se hacía muy sumariamente. Pero padre, con la comida siempre estaba contento, y para el orden de la casa le bastaba con que los muebles estuvieran bien en su lugar y las sillas bien alineadas; y para que se hiciese movimiento no exigía más.

Ni siquiera nos mandaba a la escuela, porque decía que todas aquellas horas de inmovilidad eran mortales. Él nos enseñaba de vez en cuando a leer, escribir y hacer cuentas. Y durante nuestros paseos hacía nuestra educación literaria.

Al menos él lo creía, porque nos contaba la *Ilíada*, la *Eneida*, la *Jerusalén*. Se animaba, gesticulaba narrando héroes que luchaban solos contra una armada, que levantaban rocas tan grandes como montañas y las lanzaban contra el enemigo, cumplían las empresas más asombrosas e inverosímiles; y, cuando finalizaba esas narraciones, el pobre papá estaba sin aliento y sudoroso, como si aquellas gestas las hubiese hecho él.

Nosotras no compartíamos para nada su admiración. Privadas del atractivo de la forma, dichas así entre dos campos de maíz, aquellas cosas nos parecían extravagantes y no lográbamos comprender cómo podían constituir nuestra educación literaria. Las confundíamos con ciertas fábulas extrañas, que nos contaba la tía en las tardes de lluvia, y ni siquiera las encontrábamos más bellas.

Entre el almuerzo y la cena dábamos otro paseo por otro camino real, o quizás por el mismo de la mañana.

En la cena se comían frías algunas sobras del almuerzo, y después, salíamos otra vez, corriendo hacia el otro extremo de Novara hasta el edificio del mercado, un gran cuadrilátero rodeado por todos lados por bellos pórticos altos y espaciosos, y girábamos, y girábamos en torno a ese edificio, bajo aquellas arcadas desiertas y sonoras, hasta que estábamos persuadidas de haber hecho un número suficiente de kilómetros, para poder ir a dormir con la conciencia tranquila.

No estábamos descontentas con aquel régimen, y ciertamente no nos aburríamos. Pero tampoco estábamos contentas, y no nos divertíamos. Era una apatía, una indiferencia absoluta.

En otoño salían del internado ciertas parientes lejanas nuestras que nos llamaban primas, y, antes de que partieran para el campo, padre nos llevaba a verlas. Tenían una sala un poco mejor que la nuestra; pero estaban en ella constantemente, tenían flores, movían los muebles, y parecía otra cosa diferente.

Nos recibían allí, entre sus bordados y sus libros; saludaban encantadoras y desenvueltas, y le tendían la mano a padre, diciéndole con un coraje que nos asombraba:

—Buenos días, doctor.

Después se volvían hacia nosotras con mucho garbo, y nos preguntaban:

—¿Queréis que vayamos allí a jugar, o preferís que nos quedemos aquí cotorreando?

Para nosotras eran dos cosas igualmente imposibles. Nunca habíamos jugado. Nadie nos había regalado nunca un juguete ni una muñeca; y para correr y saltar, en nuestra casa no había lugar. Nuestro recreo era aquellos interminables paseos. Y cuando las lluvias torrenciales, o la nieve de un metro de altura, o el calor de treinta y seis grados a la sombra, un caso de fuerza mayor, volvía los paseos imposibles por algunos días, esas horas debían ocuparse en aprender el famoso *leer, escribir y hacer cuentas*.

En consecuencia no sabíamos ni jugar ni cotorrear; y ante aquella pregunta de las primas Bonelli nos mirábamos entre nosotras un poco confusas y no respondíamos nada.

Y ellas decían:

—Bueno, ya que estamos aquí, tengamos una conversación.

Ponían una banqueta frente a la ventana, colocaban cuatro silloncitos muy bajos a su alrededor, luego se sentaban ellas dos y nos hacían sentar, poniendo todas las cuatro los pies sobre la misma banqueta «para estar más cercanas», decían; como si tuviéramos una gran confianza. Pero nosotras, por muy cercanas que estuviésemos, nunca sabíamos qué decir. Aún así eran tan bonitas y gentiles, y sabían tantas cosas, que estábamos contentas con solo mirarlas, y escuchar su cháchara sobre el internado donde habían estado, y del campo adonde iban.

Después del campo venían luego ellas a saludarnos antes de regresar al internado, y, si lograban encontrarnos en casa, lo cual no era fácil, las recibíamos majestuosamente en la sala, diciendo: «acomodaros, sentaos» y finalmente nos sentábamos nosotras en el diván para dar ejemplo. Y ellas decían: «gracias, gracias» pero nunca se sentaban, pululaban un poco alrededor, tocaban todas las cosas de la mesa, la guantera, los servilleteros, la taza, y preguntaban cada vez, quién había hecho esto y regalado aquello; y nosotras repetíamos la leyenda de cada objeto.

Entonces entraba corriendo en la sala padre, a quien habíamos llamado en auxilio, y no sé cómo ocurría que, después de dos minutos, estaba narrando con gran énfasis y grandes gestos, alguna empresa heroica de los Áyax, o algún arrebato de Orlando. Y aquellas muchachas se reían, entendían, sugerían, y también se sabían los nombres de los héroes de aquellos poemas de padre, como si fueran sus amigos. Titina decía:

—Es porque ya han hecho su formación literaria.

Durante el resto del año, se hablaba de aquellas visitas entre nosotras y con la tía. La tía nos escuchaba con una gran sonrisa beatífica que le descubría todas las averías de la dentadura; parecían gustarle nuestras chácharas; trataba incluso de tomar parte en el discurso. Pero, cuando se reía, nunca lograba aferrar el lado bufo de la cosa, y se reía por su cuenta por otro motivo distinto.

Una vez las Bonelli nos narraron aquella vieja anécdota, de una señora que, después de haber buscado en el itinerario de los ferrocarriles dónde podría hacer un viaje de placer, viendo: Novara, Trecate, Magenta, Milán y viceversa, dijo: «¡Vamos a Viceversa!»

Nos reímos del asunto un año; y al año siguiente creíamos que seguiríamos riéndonos con las primas, que lo habían olvidado, y cuando se lo recordamos, apenas sonrieron, y dijeron que era «una vieja estupidez».

Pero, en el colmo de nuestra hilaridad, la tía se lo había hecho recontar muchas veces; así que estalló en una gran risotada convulsa, exclamando: —¡El Vice-versa! ¡El Vice-versa! —y alzando la mano haciendo el gesto de quien vierte algo de una jarra.

Había en nuestra parroquia un vice-párroco, que, entre sus devotos, le llamaban el Vice, y del cual se ocupaban y hablaban continuamente. En aquella anécdota creía que había una absurda alusión a aquel Vice suyo, y fue imposible apartarla de aquella idea, que encontraba enormemente cómica.

Por lo demás tenía poco tiempo para chácharas. Sufría reuma, y estaba continuamente ocupada poniéndose una franela de más, o quitándosela, apenas la temperatura aumentaba o disminuía un grado.

Después tenía los servicios en la iglesia, que le llevaban muchas horas de la mañana. Luego estaba la sirvienta, a la cual se figuraba enseñar a cocinar, un arte que le era perfectamente desconocido, y para el cual tenía una ineptitud fenomenal.

Estas son las memorias rosadas de la infancia, la edad de las sonrisas, de las alegrías, de todas esas cosas bonitas que se dicen y se escriben.

Luego vino la juventud.

Pero, entre la juventud y la infancia, cuando tenía poco más de catorce años, acaeció el primer gran acontecimiento de nuestra familia.

Padre se casó con una vieja señora, a quien conocíamos desde hacía mucho tiempo, y que nos causaba gran respeto. Durante años y años, la veíamos venir a la iglesia en invierno con un gran manto de franela morada que la envolvía por completo, y un chal sobre el brazo, para cubrir sus piernas cuando estaba sentada, porque sufría de frío en las rodillas. Llevaba un sombrero extravagante, con una larga solapa de seda, que caía sobre su espalda, para protegerle el cuello del aire. Siempre llevaba en la manga una bola de latón llena de agua caliente; y masticaba perpetuamente un trozo de anís estrellado para la digestión. Se había hecho rapar el pelo de arriba, porque era muy fino, y esperaba hacerlo crecer más espeso, pero ya no le había crecido, y siempre llevaba un postizo sobre la parte rapada.

Creíamos que tenía cincuenta años, lo que, a nuestros ojos, era la última expresión de la vejez: la edad de la tía. Supimos más tarde que tenía cuarenta y tres. Pero para nosotros era lo mismo.

¡Figuraos qué risa, cuando supimos que padre la esposaba! Él nos dijo:

-Comprenderéis, hijas, que lo hago por vuestro interés. Tengo un pequeño, pequeño patrimonio; el despacho no rinde mucho; la dote de vuestra madre se reduce a diez mil liras. Esta buena señora tiene sesenta mil liras, que un día u otro os tocarán a vosotras, porque no tiene parientes, y quiere lo mejor para mí... Además se ocupará un poco de vosotras, que ahora sois grandes, y tenéis necesidad de una asistencia, que la tía no sabría prestaros…

Fueron todavía bonitos aquellos días del noviazgo y de las nupcias.

Era otoño. Las primas estaban fuera del internado, y no nos parecía verdad que fuéramos a verlas con aquella gran nueva en el pecho. De hecho, apenas estuvimos sentadas, con los ocho pies sobre la banqueta, nos dijeron: —Entonces, ¿tenéis una novia en casa, no es verdad? —Y se pusieron a reír, y nosotras a reír más que ellas. ¡Una comedia, vaya! Calculábamos que, entre las cuatro, apenas podíamos igualar la edad de la novia. Giuseppina, la prima mayor, que tenía quince años, dijo con gran condescendencia:

—¡Y tan pronto hayamos colocado a esta novieta, habrá que pensar en buscar un marido a la tía!

¡Ah! ¡qué alegría! La novia nos hacía ir todos los días a las cuatro a su casa, donde, desde que se había prometido, había puesta sobre la mesa de la sala una gran bandeja de confites, de la que podíamos disponer libremente. Y esto duró hasta el día de la boda; mes y medio o dos meses.

¡Qué alegría! Nos poníamos todas en torno a la bandeja, y devorando confetis, decíamos toda clase de malignas trivialidades sobre la novia: «¡Qué bonita va a estar vestida de blanco! Le dará respeto tutear al novio siendo tan jovencita. Se prenderá flores de azahar en el postizo».

Y estas estupideces nos divertían como si fueran las cosas más ingeniosas.

Después de la boda los novios partieron, y estuvimos ocho días solos con la tía, que nos hacía salir de casa temprano por la mañana, para ir a la iglesia. Pero todavía teníamos los confites nupciales, los regalos nupciales, y aquel tiempo nos pareció breve.

Entonces una tarde volvió padre con su mujer, sana, fuerte, que ya no masticaba anís estrellado, que comía polenta, habichuelas, pepinos, y toda clase de cosas indigestas, y caminaba como un cartero... En resumen, esos ocho días de viaje, y «el cambio de estado» como decía ella, la habían dejado como nueva. Estaba plena de brío y de vida.

Hizo traer a nuestra sala todos sus muebles, que, por casualidad, eran precisamente los mismos que teníamos nosotros: un diván, ocho sillas, cuatro poltronas y una mesa redonda. ¡Solo que los nuestros eran verdes, y los de la esposa eran rojos! No se podían fusionar; esos dos colores chocaban terriblemente.

La esposa resolvió la cuestión colocando el salón rojo contra la pared derecha, y el salón verde contra la pared izquierda, cada uno con su respectiva mesa al frente, haciendo casa propia. La pared principal, contra las ventanas, se convirtió en un terreno neutro, donde los dos salones avanzaban cada uno por su parte, casi hasta la mitad; luego se detenían en una línea de demarcación ideal, que indicaba el espacio a dejar entre la última silla roja, y la primera silla verde.

Y comenzaron a llegar visitas.

Para nosotras era una fiesta. Corríamos a la sala y nos sentábamos con la boca abierta, escuchando lo que decían. Incluso la tía, seducida por aquella novedad, se ponía un vestido más liso, más negro y más ceñido que nunca, una cofia de una blancura deslumbrante con un volante bellamente envuelto que le enmarcaba el rostro, y venía a sentarse a la sala, sonriente y muda, con las manos cruzadas en el regazo.

La esposa dejó que los visitantes partieran, luego nos dijo con gran desenvoltura:

—Para otra vez chicas es inútil que vengan a la sala cuando hay gente. Y usted también, tía. No necesito ayuda; es la única ventaja de haberme esposado vieja.

La tía se volvió a atrincherar en el biombo, y nosotras regresamos a nuestra solitaria habitación.

Los paseos por los caminos reales se retomaron, en compañía de la esposa, que se apoyaba triunfante en el brazo de padre, y nos decía: «adelantaros vosotras». Pero de las carreras nocturnas en torno a los soportales, quedamos excluidas. La única vez que veíamos a alguna persona civilizada y bien vestida, era precisamente cuando se atravesaba la ciudad, después de cenar, para pasar bajo los soportales del mercado. ¡Adiós! No volvimos nunca más.

Pasados los primeros meses de la luna de miel, la esposa comenzó a ocuparse un poco de la casa, y la encontró muy desordenada. Esto era verdad. Se dio cuenta de que no sabíamos cocinar en absoluto. Y esto era también verdad. Declaró que gastar nuestro dinero en engullir las salsas que hacía hacer la tía era demasiado estúpido. Tercera verdad incontestable.

Y pronunció esta sentencia: «Corriendo por los caminos reales no se aprende nada». Padre insinuó modestamente que «nos contaba los clásicos» paseando, pero ella se encogió de hombros y dijo:

—Sí, está bien; pero también pueden prescindir de ellos. Ni siquiera sé lo que son, y he encontrado un marido lo mismo. Un poco tarde, agregó con una franqueza imperturbable que me hizo querer burlarme de ella, pero en suma, lo he encontrado. Por tanto, de correr todo el día no se aprende nada. De «lectura, escritura y hacer cuentas» saben lo suficiente, las niñas no deben convertirse en doctoras. Ahora es el momento de que aprendan a tener la casa en orden, a coser, a planchar, a cocinar, a ser buenas amas de casa.

Palabras de oro a las que nadie replicó nada. En consecuencia también los largos caminos reales, blancos de nieve y de polvo, fueron abandonados y así comenzó una vida totalmente diferente.

La esposa compró dos sillas de paja, que colocó a los dos lados de la ventana de la cocina, entre la mesa pequeña y el biombo de la tía, y nos hizo sentar, a Titina y a mí, una frente a la otra, con un cesto de mimbre en medio, lleno de ropa blanca que reparar.

Por la mañana nos hacía barrer, quitar el polvo, hacer las camas, trajinar por la casa con un gran delantal de lona delante; luego nos enviaba a nuestra habitación para peinarnos y vestirnos. Y cuando estábamos en orden, teníamos que sentarnos a trabajar. Sin embargo, a la hora de hacer la comida, una semana para cada una, se dejaba el trabajo de aguja, y se aprendía a cocinar bajo la dirección de la esposa, más inteligente y más enérgica que la de la tía.

Aunque quisiéramos, no habríamos podido decir, en conciencia, que nos hiciese ningún mal. ¡Si solamente hubiese puesto un poco de gracia a la hora de enseñar, de mandar!... Pero no estaba en su carácter, en el tono de su voz, ni en sus maneras. Era dura por naturaleza, y a esa aspereza la llamaba sinceridad. De hecho era sincera, y decía francamente todo lo que pensaba. La gentileza no la comprendía y la llamaba cursilería.

Habíamos sido malcriadas entre un hombre y una vieja. No teníamos el hábito de la disciplina y del trabajo. Ese año comenzamos a sentirnos descontentas con nuestra vida.

El año siguiente fue mucho peor. Nació un niño, y, aunque lo mandaron a mamar a Trecate, se convirtió en el rey de la casa. La esposa rechazó el regalo de un vestido que padre quería que eligiera, y dijo en cambio que le diera esa suma de dinero, que quería ponerla en la caja de ahorros «para su heredero».

Poco después dijo que era vieja, que no llevaba una vida elegante, por lo que no necesitaba joyas, y era una pena tener un capital muerto en pendientes y broches.

Y vendió todas las joyas que le habían regalado a ella personalmente y con ese dinero compró un terreno, junto a una propiedad que ya poseía «para su heredero».

Entre las muchas economías que inventó, estaba también la de moler gran parte del maíz que se recaudaba con los recursos de padre, y hacer un gran consumo de polenta en la familia. Un buen día llegó un carro con una infinidad de sacos de harina, que fueron colocados en la antesala, y parte también en la sala, la estancia de lujo.

«Ocuparán sólo una esquina... apenas se verán...» Pero poco después llegó la provisión de patatas, de castañas, de manzanas, de arroz; y todos aquellos alimentos se acumularon en la sala, que se convirtió en una especie de despensa. Padre observó que ya no había un lugar para recibir.

Pero la esposa respondió súbito:

—¿Para recibir a quién? ¿Mis visitas, no es verdad? porque las personas que tienen que hablar contigo, van a tu despacho de abajo. Sin embargo, mis visitas encuentran aquí el sofá y las poltronas, lo que debe de ser en una sala. Las provisiones son una más, y dan una idea de abundancia, que a la gente seria no le puede desagradar. Al fin y al cabo las visitas son algo superfluo, y yo, que apenas hago, acabaré por no recibir más. Mientras que la harina, las patatas, las frutas, son una necesidad de la familia.

Ella siempre tenía razón. De hecho casi no llegaron más visitas. Los pocos parientes, que venían con bastante poca frecuencia, se recibían en la habitación de padre, convertida en habitación nupcial, donde se mantenía la chimenea encendida. Y la sala se fue cubriendo con una capa de polvo sobre las viejas sábanas que cubrían los muebles, y se transformó definitivamente en un almacén. Parecía hecho a posta, porque no tenía estufa ni chimenea, y era fría como un sótano. Las patatas se congelaron allí.

Mientras tanto había cumplido dieciséis años. Había crecido mucho, y también me había desarrollado en proporción. Los vestidos crujían en mi cintura, y a menudo se abrían en las costuras de las mangas y de la espalda; y sobre el pecho se soltaban los botones o se desgarraban los ojales, lo que era desesperante.

Y todavía tenía el pelo levantado sobre la frente, recogido hacia atrás y apretado en la nuca en un moño compacto como una colegiala, y las faldas cortas por encima del tobillo, que dejaban ver todo el pie, ni pequeño ni gracioso, calzado con gruesas botas sólidamente construidas en vista del movimiento extraordinario que, según padre, era una necesidad de la vida.

Apenas el niño de nuestra madrastra cumplió los seis meses, su nodriza se enfermó, y tuvimos que llevarlo a casa para terminar de criarlo con biberón.

Cuando tuve en brazos a aquel mocoso, al que me tocaba dar vueltas todo el día por la casa, porque Titina no era lo suficientemente fuerte para sostenerlo por mucho tiempo, la madrastra me miró con complacencia, y dijo:

—¡Realmente necesitaban un niño, esos brazos! ¿No parece una bella novia de Trecate o de Oleggio, con su primer macho?

No me lisonjeó en absoluto aquel discurso, porque, en efecto, con mi florecimiento y la vestidura insuficiente parecía una campesina de los pueblos como decía ella, o de cualquier otro sitio; y esto me mortificaba. Una vez traté de decirle:

—Sí, parezco una campesina con vestidos cortos y peinada de este modo. Habría que dividir un poco el cabello en la frente, bajarlo, y alargar un poco las faldas, para cubrir los pies...

Pero la madrastra exclamó:

—¡No faltaría más! ¿Qué cosas se te ocurren? Con esa cara tan blanca como la luna, y esos ojos que parecen dos faroles, te haces mirar demasiado, y haces desaparecer a tu hermana, que es una miseria. Si además te vistes de muchacha casadera, ¡adiós! Esta otra ya no se casa.

De hecho Titina era una coma a mi lado. Menuda, rubia, bonita, de ojos claros y sin pestañas, parecía una figurita de cera.

La idea de causarle un daño, me impidió reclamar que me vistieran de señorita. Pero cuando me tocaba salir de casa, caminando frente a padre y la madrastra, con el niño al cuello y luciendo de aquella manera, me devoraba una ira, que no sé cómo hice para no adelgazar.

Y, para mayor despecho, todos me miraban y sonreían, y cuchicheaban entre ellos.

Una vez, volviendo a casa después de uno de aquellos desgraciados paseos, Titina me dijo, mirándome con la más profunda estupefacción:

—¿Sabes que eres bella, Denza?

Yo repetí un poco confusa:

—¿Bella?...

Pero debo confesar que estaba un poco menos estupefacta que mi hermana. Muchas veces había captado al vuelo ciertas palabras de aquellos señores que me miraban en la calle... «Vaya pedazo de joven... Bello rostro... Bonitos ojazos... Fresca como una rosa...»

Y cada vez, de vuelta a casa, me acercaba al espejo para ver si habían dicho la verdad.

Y aquella buena Titina, que cayó de las nubes ante la idea de que esa cualidad lujosa, muy especial, según ella, para las jóvenes de los cuentos y poemas de padre, se quedaría modestamente en nuestra casa, y bajo mi humilde piel, volvió a decir:

—Sí, Denza. Escuché a un señor que se detuvo a mirarte, después dijo: «¡Qué bella joven! ¡Es una belleza!»

Ese discurso fue hecho en nuestra habitación. La madrastra, que estaba en la cocina, lo escuchó, y con su habitual brusquedad sincera, abrió la puerta, asomó la cabeza, y dijo:

—Una belleza no, porque tiene un aire demasiado de beata y tontorrona. Pero bella es. Y es precisamente porque ella es bella y tú no, y eres más vieja que ella, por lo que no quiero ponerla con sus mejores galas, de lo contrario en ocho días encuentra marido, y tú te quedarías a mi espalda, lo que quizás te desagradaría más a ti que a mí... No os hago cumplidos ni piropos, pero miro por vuestro interés, como si fuese vuestra madre, y un día me lo agradeceréis. Y ahora, ¡rápido a la cocina! Y a ti no vaya a subírsete a la cabeza esta belleza, que, si la tienes, no tienes ningún mérito en ella, y no te hará ni más buena, ni más afortunada, ni más amada que otra. Ved, soy fea y también vieja, y he encontrado el mejor marido del mundo, y pocas esposas son más amadas que yo.

Aquel discurso, a pesar de su aspereza, me procuró una alegría dulcísima, me llenó el alma de suavidad, como si hubiera adquirido un tesoro, un gran motivo de contento.

El aviso de que no se me subiera a la cabeza la belleza, obtuvo precisamente el resultado opuesto. Se me subió a la cabeza, ya no pensaba en otra cosa que en el placer de ser bella. Que esto no me volviese ni más buena ni más afortunada, ni más amada, no me importaba nada. Era cierto que me sentía admirada, y eso me lisonjeaba.

Terminé por adoptar ciertas actitudes desdeñosas, cuando salía a la calle tan mal vestida, como para decir aquello que en realidad pensaba:

—Bueno, incluso vestida de este modo, soy bella. No necesito lujos para complacer.

Sin embargo, a la larga, aquella admiración pasajera, y de personas desconocidas, me llegó a aburrir, o al menos ya no me conmovía. Estaba impaciente porque Titina encontrase marido, para poder vestirme como las otras chicas de mi edad. Estaba cerca de los diecisiete. No podía quedarme toda la vida con los pies fuera de las faldas y peinada como una colegiala porque mi hermana no estuviera casada. Sobre todo porque la madrastra había dicho que, bien vestida, en ocho días, habría encontrado marido. Y yo en aquella casa fea con esos hábitos laboriosos y hogareños y aquel sombrío mocoso sobre mis hombros, con su cara vieja de hijo de viejos, suspiraba por casarme.

Hasta entonces siempre había dormido beatíficamente durante las largas noches, acostándome en cuanto me mandaban a mi habitación, muchas veces sin tan siquiera encender la lámpara, intercambiando unas pocas palabras con Titina al desvestirme, ya adormecida, quedándome dormida apenas tocaba las sábanas, y engordando en el sueño.

Después de aquel famoso discurso de la madrastra sobre la belleza, me parecía imposible poder acostarme a oscuras. Encendía la lámpara, y me desataba las trenzas frente al espejo de dos centímetros cuadrados, la única concesión hecha a la vanidad en el mobiliario de nuestra habitación, y que, hasta entonces, de poquísimo nos había servido.

Titina no sabía resignarse ante aquella novedad. Me preguntaba continuamente:

—¿Pero por qué te sueltas el pelo? Si de todos modos, para ir a la cama, debes entrelazarlo de nuevo...

Una vez me dijo, riéndose como si fuera una suposición muy extraña:

—¿Es porque te han dicho que eres bella, que has empezado a despeinarte frente al espejo?

Me puse completamente roja, y le respondí que era una tontería, que no me importaba en absoluto si era bella o fea. Pero no había dicho nunca una mentira; padre nos había educado en el culto a la verdad; y mi honesto corazón sufrió por aquella primera falsa palabra. Me parecía tener una grave culpa sobre la conciencia. Me martilleaba en la cabeza aquella frase de la Doctrina Cristiana, que afirma: «no se puede decir una mentira ni siquiera para salvar al mundo entero».

Había estudiado la Doctrina Cristiana para prepararme para la Primera Comunión, y, aunque no había extraído de ello ningún fervor religioso, había aceptado aquellos hermosos y fácticos dogmas, persuadida de que, ya que estaban escritos, y todos los creían, no conocía a nadie que mostrase no creerlos, debían ser ciertos. Y nunca lo había dudado ni por un instante; ni siquiera había pensado que se pudiese dudarlo.

Y ahora me encontraba habiendo dicho una mentira; habiendo cometido aquella enorme culpa, que ni siquiera se debía cometer para salvar al mundo entero; y haberla cometido sin aquella gran atenuante, sin tener siquiera una miga de mundo que salvar.

Emití ciertos suspiros revolviéndome en el lecho, de modo que Titina se despertaba siempre sobresaltada cuando estaba a punto de dormirse. Finalmente venció la perezosa somnolencia que la silenciaba, y barbotó:

—¿Qué te pasa para gemir de ese modo?

Respondí trágicamente, ansiosa de poder quitarme ese peso de la conciencia:

—Yo, he dicho una mentira...

Esperaba que Titina me interrogase, para darme el coraje de decirlo todo. Pero borbotó somnolienta:

—¡Oh!... te confesaré... Y se volvió hacia la pared, retomando una posición cómoda para poder dormir en paz.

De hecho era una idea consoladora, la de la confesión. ¿Cómo es que no había pensado en eso, que los pecados son cancelados por la absolución? Es verdad que existía el purgatorio; pero no lograba pensar en aquella cosa tan remota.

Entonces, reservándome el derecho a confesarlo todo junto y ser absuelta en bloque, me abandoné a la alegría culpable de pensar que era hermosa, y que, entre los muchos que me lo decían mientras pasaban y se alejaban, habría uno que no se alejaría; que se volvería, que me seguiría de lejos hasta mi casa, y que después entraría en el despacho de padre para pedirme matrimonio.

La madrastra había dicho que, si me vestía bien, esto pasaría en ocho días. Y yo calculaba que, estando mal vestida, tardaría ocho días más, o incluso quince, o incluso un mes, poniéndome en lo peor. Pero en suma, la cosa debía suceder, porque de todas formas, que era bella lo apreciaban a pesar de mi infeliz y ridícula vestidura. Lo sabía, porque lo oía decir todo el tiempo.

¿Cómo sería aquel joven?

No podía ponerle cara. Pero, me conmovía al pensar en él, y lo amaba.

Ciertamente, aunque innominado, incorpóreo, indeterminado hasta en la imaginación, era el más querido de mis pensamientos.

Pensaba que debía abrazarme con fuerza, darme una sensación de afecto cálido, que deseaba ardientemente, que anhelaba y extrañaba, porque nadie me había abrazado nunca, ni siquiera padre, desde que ya no era pequeña. Y debía susurrarme: «Querida... ¡Qué bella eres!»

No lograba pensar en cosas a largo plazo: la boda, el viaje, la ropa, mi casa... No. Todo eso me pasaba por la cabeza por un momento, fugazmente, y huía. La única escena que veía clara, y sobre la que volvía con la insistencia de una idea fija, sin cansarme nunca de ella, era un joven de pie, que me abrazaba con fuerza, susurrando:

—Querida… ¡Qué bella eres!

A la mañana siguiente, mientras nos vestíamos, cada una al lado de su lecho, Titina me dijo:

—¿Qué te pasaba anoche, con esa historia de la mentira? ¿Estabas soñando?

Respondí espoleando mi coraje, con la convicción de hacer una acción meritoria.

—No, no soñaba. Te dije que no me importa ser bella o fea; y no es verdad... Me importa mucho, y estoy contenta de ser bella, y es precisamente por esto, como habías sospechado, que me despeino frente al espejo. ¡Ya está!

Dije ese *ya está* con un gran suspiro, como para decir: «Ahora la expiación está hecha». Y me sentí contenta conmigo mismo, aliviada; simplemente no osaba mirar a Titina.

Permanecía un poco estupefacta. Este discurso, esta confesión, se salían del tierra a tierra de nuestros hábitos. Me miró por un momento desconcertada, vacilante, luego dijo encogiéndose de hombros, y con una sonrisa forzada:

—No te pongas a hacer escenas, ahora... ¡Estás realmente loca! Y no habló más.

Un día las primas Bonelli, que habían dejado definitivamente el colegio y eran unas señoritas muy elegantes, nos invitaron a ir con ellas al teatro, donde se representaba *Fausto*. Y la madrastra consintió que fuéramos, *porque no costaba nada*.

Nos pusimos un vestido veraniego de franela con fondo blanco salpicado de hojas verdes; y, acostumbradas como estábamos a la ropa oscura en aquella estación invernal, nos parecía que estábamos muy elegantes con aquel poco de claridad alrededor.

Cuando entramos en el palco, encontramos a las primas vestidas de blanco, de gran gala, con flores en la cabeza, y esto nos humilló un poco.

Cambiábamos de lugar en cada acto para que todas tuvieran el placer de pararse un rato en el parapeto, a los dos lados del palco, donde se veía y se era vista mejor.

Era un palco señorial, con una franja de espejo incrustada en el estuco blanco con hilos dorados de las jambas. Cuando nos tocó a mí y a mi prima María ponernos delante, después de Giuseppina y Titina, que habían estado antes porque eran las mayores, me vi reflejada en el espejo tras la espalda de María que estaba frente a mí, y casi no me reconocí, tan deslumbrante era aquel rostro blanco, de mejillas sonrosadas y ojos relucientes, por la excitación que me producía aquella diversión y la novedad. No podía apartar los ojos de aquel espejo. Me atraía más que el espectáculo que no entendía mucho, y me asombró, porque era la primera vez que escuchaba una ópera.

María, que iba más a menudo, quería explicarme el drama. Me decía:

—Ese apuesto joven de ahí, y aquel viejo del primer acto. Y aquel otro de las piernas flacas, es el diablo que le ha convertido en joven, siempre y cuando le vendiese su alma a cambio. Y ahora verás qué bello es. Él, Fausto, apenas se vuelve joven, se enamora de Margarita.

Entonces el espectáculo comenzó a interesarme muchísimo. ¿Cómo haría para enamorarse? ¡Oh, con qué ansiedad esperaba ese momento! Cuando Fausto se inclinaba amorosamente hacia Margarita, y le gorjeaba cosas bellas con una voz dulce dulce, me sentí languidecer de ternura, como si me las hubiese gorjeado a mí. Habría querido saber qué le decía. Pero cantaban, y la música se llevaba las palabras. De todo el drama no comprendí gran cosa. Pero permanecieron en mi mente las escenas de amor.

Al regresar a casa, caminando ligeras ligeras porque helaba, y en Novara no había carruajes de alquiler por la calle, María dándome con el brazo, me dijo:

—¿Has hecho una conquista, lo sabes, belleza?

Le pregunté con una curiosidad y una alegría que ni se me ocurrió esconder:

—¿Ah sí? ¿Quién?

Cabe señalar que nunca había escuchado aquella expresión: «hacer una conquista»; no encajaba en nuestro vocabulario hogareño. Sin embargo la comprendí por intuición, por instintiva coquetería, como si la conociera desde hacía mucho tiempo. María respondió:

—¡Haz el favor! ¿Quieres decir que no te diste cuenta?

Y yo, para protestar con el candor de mi ignorancia:

—No de verdad, ¿sabes? Me complacía tanto mirarme en aquel largo espejo, a tu espalda, que no he visto a nadie.

María se puso a reír y dijo:

—¡Vanidosa! ¿Y lo confiesas tan abiertamente? ¿No te avergüenzas de ser tan vana?

Lo pensé por un momento, luego retomé franca franca, por miedo a volver a decir una mentira:

—No. Dices que soy una belleza. Eres tú quien lo dice; y yo me miro. Pero, ¿a quién he conquistado? ¿Di?

—Mazzucchetti. Ya sabes el hijo de aquellos dos viejos terratenientes que viven allá cerca de Santa Eufemia. Es hijo único y muy rico. Te ha mirado fijamente toda la noche con los anteojos.

—¡Oh! ¡Qué lástima que no le he visto! ¿Cómo es? ¿bello?

—Sí... es... es... es un poco gordo. Pero si lo observas bien tiene hermosos rasgos. Es un joven apuesto. Y además hace una cura para adelgazar. Sus parientes no escatiman nada con él, aunque son avaros. Lo llevaron el verano pasado a Monsummano en Toscana para tomar baños de vapor, ya sabes, para hacerle sudar la grasa. Luego lo sacaron a Oropa a no sé cuántos metros sobre el nivel del mar, también allí para hacerle enflaquecer con el frío, y con la cura hidropática…

Estaba un poco impresionada por esa gordura, y dije:

—¡Pero debía ser una ballena! ¿Y ahora ha adelgazado?

—Sí… sí… Un poquito… Pero bueno; gordo o flaco siempre es un buen partido. Su madre ha aportado doscientas mil liras como dote. Y su padre tendrá más del doble.

¡Estaba estupefacta! ¡Cuántas cosas sabía aquella muchacha!... los pueblos de los baños, las provincias donde se encontraban, los efectos de las curas, el patrimonio de las familias... Todo esto lo tenía en la punta de la lengua. ¿Era posible que alguien se preocupara por mí, mientras existían chicas como ella?

Habíamos llegado a la puerta de su casa, y las primas nos dejaron. Nosotras reanudamos nuestra carrera con padre, y no volví a abrir la boca en todo el camino.

Tenía el corazón henchido de un grandísimo afecto por María. Sentí la necesidad de afirmarlo, y apenas estuve sola en la habitación con Titina, le dije con énfasis:

—¡Qué bella estaba María esta noche!

Titina respondió con indiferencia remetiendo las sábanas de su lecho:

—Estaba más bella Giuseppina.

De hecho Giuseppina era más bella. Pero no me había hablado nunca de nadie que se hubiese enamorado de mí. Nunca se había preocupado de mi belleza, salvo para constatar que no me veía bien con mis vestiduras. Además ella era más bella que yo, más enérgica, más alta, rubia, fina, tenía una figura señorial, y no me admiraba en absoluto. No podía adorarla como a su hermana, que se olvidaba de sí misma para ocuparse de mí, y *me había encontrado* un enamorado. Sinceramente creía debérselo a ella, le guardaba una profunda gratitud, y deseaba declararla. Así que le respondí a mi hermana:

—Prefiero a María. María siempre ha sido mi predilecta. ¡Mi amiga!

Titina sacudió la cabeza, sonrió como una persona sabia, y repitió una frase que me decía a menudo:

—¡Estás realmente loca! ¿Desde cuándo a acá María es tu amiga? Nos vemos tan poco...

—No, ahora que está fuera del colegio nos vemos más a menudo.

—Menos raramente, querrás decir. Pero de todos modos, no ha habido el tiempo para esta gran amistad.

—La amistad no necesita mucho tiempo. Es un sentimiento de atracción...

Titina volvió a reírse, y preguntó con un poco de ironía:

—¿Donde lo has leído?

Me encogí de hombros, y borboté:

—¡Ridícula!

No tenía razones mejores. Mi hermana esa noche estaba enojada, ¡pobrecilla! Tal vez se había dado cuenta de que en el teatro no la miraban, y que yo la hacía sombra, y atraía la atención sobre mí... ¡Tenía dieciocho años! Pero tal vez también estaba celosa de mi súbito enamoramiento por María, cuando, hasta entonces, mi única amiga y confidente había sido ella. Me dijo mirando al techo, con un acento completamente nuevo:

—He leído, no sé dónde, que los amigos se conocen en la desventura. ¿Fuiste desventurada esta noche?

Grité con espontáneo ímpetu de alegría:

—¡No! Era feliz. ¡Era tan feliz! ¡Los amigos se conocen en la felicidad!

Aquellas palabras ofendieron a mi hermana; y sentí que la había ofendido. Tal vez tenía razón ella. Toda su vida pasada conmigo, una vida de bondad, de docilidad, de resignación, valía menos a mis ojos que unas palabras lisonjeras de una jovencita elegante y parlanchina. Pero luego pensé que Titina no tenía razón, y me acosté sin hablarle más.

Desde aquella noche he vivido siempre con la mente lejísimos de mi casa y de mis ocupaciones. Y el tener un pensamiento nuevo, y de una naturaleza completamente distinta de los que había tenido hasta entonces, me alivió mucho del sopor de la casa y del peso de las ocupaciones

Acostaba al niño, lo vestía cuando se despertaba, hacía la cocina; pero por puro hábito mecánico, sin darme cuenta, sin desviar mi atención de la dulce cura, que me absorbía toda.

Sólo me apremiaba ver a aquel joven, y, en consecuencia, me apremiaba volver a ver a María, salir de la casa con ella para que, al encontrarlo, me lo indicase.

Tuve atrevimientos increíbles. Yo misma sugerí a padre y a la madrastra, que les debíamos una visita a los Bonelli para agradecerles la velada en la ópera.

La madrastra respondió que había tiempo. Entonces dije que me gustaba mucho la iglesia de Santa Eufemia, y que me gustaría ir a misa allá el próximo domingo.

Esto también me salió mal. La madrastra movió la cabeza en señal de reproche, y dijo:

—Parece que estudias aposta para crearte extraños deseos, como esas niñas malcriadas que están acostumbradas a ver a los familiares complacer todos sus caprichos. Sabes, sin embargo, que no te hago ningún mal, no dejo que te falte de nada, pero los caprichos no los tolero. Tenemos San Gaudenzio a dos pasos, y, en cualquier caso, San Marcos y la Catedral a poca distancia...

Había previsto, no sólo el no, sino también esa serie de consideraciones, que acompañaban siempre las respuestas de la madrastra, tanto afirmativas como negativas. Pero María me había dicho que los señores Mazzucchetti habitaban en Santa Eufemia, y la esperanza de ver a mi enamorado era tan intensa, que me hizo hacer un intento desesperado.

En la calle miraba con atención a todos los hombres un poco gordos, y me parecía que siempre había aborrecido a los flacos. Pero miraba a los jóvenes gordos y enérgicos.

Finalmente fuimos a visitar a las primas. Sonreía para mis adentros mientras subía las escaleras, al pensar que, en cuanto me viera, María me hablaría de él. Le di un apretón de manos fuerte fuerte, sonrojándome mucho, y sin osar mirarla. Contaba con su desenvoltura, para que encontrase el modo de llevarme aparte y charlar sin que nadie más nos escuchara.

Pero no parecía que pensase en ello.

La madrastra se había detenido en el despacho con el señor Bonelli, y nosotras cuatro, con el mocoso en quinto lugar, nos habíamos agrupado en el vano de una ventana de la sala.

Se habló de las mascaradas de los últimos días de Carnaval, y de una fiesta de baile, donde Giuseppina y María habían estado. María describió su vestido de esa noche; era blanco con crepé guarnecido con rosas pálidas; y la cintura, que no estaba despegada se abotonaba, no en medio del pecho, como de costumbre, sino a un lado.

Titina escuchaba con vivísima atención. Pedía explicaciones. Quería saber de qué lado se abotonada esa cintura; ¿a la derecha o la izquierda? Y si los botones, estaban en un lado solo, bizarramente, ¿o también al otro para hacer juego?

Yo temblaba; el tiempo pasaba, y preveía que, en cualquier momento, la madrastra nos llamaría para irnos.

¿Cómo es que María no hablaba de lo que estaba en mi corazón? Debía ser por exceso de prudencia. Pero yo estaba tan fija en esa idea, que prefería que hablase con mi hermana y la suya presentes, a que no hablase en absoluto.

Más aún deseaba que Titina fuese, finalmente informada «de todo». Un hecho tan importante en mi vida, no podía dejar que lo ignorara.

Y, además, también necesitaba desahogarme con alguien, en casa, de paseo, en la habitación, de día, de noche, siempre... A María la veía demasiado poco.

Pensé en preguntar quién estaba en esa fiesta, persuadida de que María aprovecharía la ocasión para nombrarle, y decirme algo sobre él, más o menos abiertamente.

Respondió Giuseppina, comenzando una larga enumeración de señoras y señoritas.

La dejé terminar, luego volví a preguntar:

—Y de los hombres, ¿quién estaba?

—De los hombres... espera. El Tal, el Cual, los dos hermanos X, el Capitán Y... —y continuó así por un rato. Tramo a tramo María sugería algún nombre. Titina daba signos evidentes de aburrimiento, porque nosotras no conocíamos ni a uno solo de aquellos señores, ni en persona ni de nombre. Yo en cambio palpitaba, me sentía palidecer, y el corazón me latía con fuerza. Finalmente Giuseppina dijo:

—Mazzucchetti estaba allí, con sus tres amigos...

Miré a María fijamente, con gran expectación. Pero ella estaba totalmente concentrada en recordar los nombres de aquellos bailarines, y sugirió dos o tres más, sin hacer caso a aquel como si no lo hubiese oído.

En el colmo de mi ira, cambié de brazo al niño, que dormitaba en mi cuello, y dije que acabara con esa letanía de nombres; que, muchos, no los conocíamos; y que no era plato de gusto, para mí, hablar con aquel mocoso adosado; del que no podía librarme ni un minuto; que estaba cansada de lavarlo, vestirlo, darle la papilla, y, lo peor de todo, llevarlo por las calles donde todos me miraban y se reían...

María dijo:
—Eres como la Margarita de *Fausto*.
Y se puso a recitar, poco a poco, cadenciosamente:

De modo que me vi constreñida
A sacar adelante sola, a la niñita.
. . . . . .
La pequeña cuna
Estaba por la noche junto al lecho...
. . . . . .
Darla de beber, colocarla cerca de mí
Huir del edredón, para aquietarla
Saltar cuando gemía...
. . . . . .
Y después en la mañana,
Correr al lavadero, luego al mercado,
Y del mercado al hogar...

La gran analogía entre esos versos y mi situación, superó por un momento mi impaciencia y me obligó a prestar atención. Titina entonces, se divirtió mucho con aquella *poesía* que parecía hecha para nosotras, y preguntó:

—¿Pero eres tú quien *inventó* esta poesía?
María se rió, y respondió con aire importante:
—¡Qué! ¿Te parece que sé hacer versos? Es el discurso que hace Margarita a Fausto. Habla de su hermana pequeña.
—¿Cómo? ¿Esa señorita vestida de blanco con esa gran cola, haciendo cosas así?
—Son las prima donas las que se visten de señora. Pero Margarita es una campesina...
Y volvió a recitar:

... Servidumbre no tenemos; yo cocino,
Barro, coso y hago calceta...

Titina batió las manos de alegría, rió a carcajadas, y gritó:

—¡Oh Dios! ¡Como nosotras! ¡Pero escucha, Denza! ¡Hace como nosotras aquella bella señora!

Respondí mirando fijamente a María:

—Sí, pero ella tenía a Fausto para contarle sus problemas, y nosotras no.

La Titina, escandalizada, me hizo el reproche de siempre, muy severamente:

—¡Estás realmente loca! ¡Esas cosas no se dicen!

Yo, por otro lado, estaba resuelta a hacer hablar a María a toda costa. Con un descaro que todavía me asombra cuando lo pienso, dije:

—Quien sabe; tal vez tengo a Fausto; pero no lo conozco.

Me tocó otra reprimenda de Titina.

—¿Tienes a Fausto? ¿No tienes más necedades que decir? ¡Estáte callada; haz el favor!

Pero ya estaba lanzada, y le respondí riendo insolentemente:

—Cállate tú; qué sabrás. Di, María, has vuelto a ver a mi Fausto gordo, el que me miraba en el teatro.

María permaneció dubitativa por un momento, como si no recordase; y eso fue para mí una gran mortificación; luego se echó a reír, y dijo:

—¡Ah, sí! Es verdad. No te lo dije, Giuseppina, que Denza hizo la conquista de Mazzucchettone en la noche del Fausto.

Aquel gran acontecimiento, que tanto me había ocupado, que había mutado mi humor, mi modo de actuar, mi visión del futuro, que casi me había hecho perder la cabeza, a María le había parecido tan inconcluso, que ni siquiera se lo había contado a su hermana.

Giuseppina, sin embargo, lo tomó en serio, como lo había hecho María aquella noche, y dijo:

—Querida mía. Si es verdad, vigila que no es un partido que descuidar. Ya que te apremia casarte para salir de casa, tenlo en cuenta, que es rico, y también un buen joven. Acompaña siempre a su madre a misa...

Dejé escapar una exclamación de arrepentimiento.

—¡Ves! ¡Dije que si hubiéramos ido a Misa a Santa Eufemia lo habría visto finalmente!

—¿Pero cómo? ¿No lo has visto todavía?

—No. María solo me habló de eso cuando salimos del teatro…

Giuseppina adoptó una actitud pensativa y barbotó:

—¿Cómo hacer para verlo? ¿Cómo hacerlo?

Después interrumpió sus reflexiones, y observó:

—Aunque, vestida como vas, ni siquiera sé si te conviene llamar su atención. Si pudieras hacerte con un vestido un poco más largo... Y un poco menos escueto que este, que te hace parecer estrecha de pecho...

—Oh olvida el vestido; no importa. Di, piensa; ¿cómo podemos hacer para ver a ese joven?

María, que nunca reflexionaba demasiado, ni se andaba por las ramas, propuso hacérselo presentar en casa de su maestro de piano, que le daba lecciones también a él, e invitarnos a nosotras también para la ocasión. Pero Giuseppina la cortó:

—¡Eso es una novela! ¿Cuándo nos ha permitido padre las presentaciones y recepciones?...

Se siguió pensando; y entonces se concluyó que las primas vendrían a buscarnos el próximo domingo para ir al paseo de la «alea» a la hora de la música. Y, como bajé la cabeza desanimada, previendo que la madrastra diría que no por el niño, María dispuso la cosa así:

—Y, si dice que no por el niño, Titina, que nunca lo atiende, se ofrecerá a quedarse en casa con él para custodiarlo. ¿No es así, Titina? Por una vez... No tienes a nadie a quien ver, y puedes hacer un sacrificio por tu hermana. Cuando ella esté casada, estarás mejor también tú. Te recogerá todos los días, te divertirás...

Todavía nos quedaba media hora para conjeturar sobre aquel plan.

Después en casa hubo otros días de orgasmo, de fantasías siempre sobre el mismo argumento. Titina, después de haberse escandalizado con la idea del Fausto, había terminado tomándoselo a pecho ella también; y entre nosotras, se hablaba como de una posible, incluso probable salida de nuestra situación.

Quien nos oyera, habría supuesto que había verdaderas negociaciones matrimoniales y que íbamos a casarnos las dos. Libre yo, debía ser libre también mi hermana del sometimiento a la madrastra, del sopor del niño, y de todo. Me dijo con generoso entusiasmo, como si la cosa dependiera realmente de ella:

—A mí no me importa, ya sabes, que te cases tú antes, aunque seas la menor. Así que cásate. Piénsalo, no quiero hacerte perder una fortuna…

Yo prefería hablar de él:

—¡Quién sabe si me vio por primera vez aquella noche en el teatro, o si ya me había observado antes!

Y para mí misma, sin atreverme a decírselo a mi hermana, pensé que quizás estaba enamorado de mí.

En cuanto a mí, me sentía enamorada de él, por desconocido que fuera. Amaba al enamorado, y el hecho de tener un enamorado, lo que me daba importancia a mis propios ojos. Pues podía ser deseada y esposada, como las elegantes señoritas educadas en un internado.

Me había sentido tan abatida, por mi vestimenta grotesca, y por nuestros hábitos excepcionales, que aquel amor me consolaba, y me enorgullecía como una rehabilitación.

Las primas llegaron a mitad de semana, para hacer la famosa invitación para el paseo del domingo; y la madrastra ni siquiera hizo la objeción que habíamos previsto; dijo que del niño, para esas pocas horas se ocuparía ella, «que también nos divertiéramos, que la juventud lo necesita, y ella lo comprendía, y lo aceptaba siempre y cuando se pudiera hacer sin suponer un gasto para la familia…»

Aceptamos el permiso y las reflexiones, fingiendo indiferencia; pero, apenas salieron las primas, nos precipitamos al cuarto, para poder exteriorizar las exclamaciones de júbilo regocijado, que teníamos en el pecho.

Nos abrazamos riendo, y susurrando suavemente:

—¡Qué placer! ¡Las dos! ¡Qué placer!

Yo añadí:

—¡Lo verás también tú!

Y me pareció que era un gran privilegio para Titina, y que era yo quien se lo procuraba.

Pero, después de abrazarnos y besarnos, estábamos un poco confusas, porque esas demostraciones no formaban parte de nuestros hábitos.

Nos besábamos en ambas mejillas, a la salida y al regreso, solo cuando ocurría que una sola partía de Novara sin la otra. Sólo había ocurrido apenas dos o tres veces que recordáramos, para hacer unas visitas a una hermana de padre, casada con Borgomanero.

Seguíamos mortificadas por la escena que habíamos hecho, y no nos atrevíamos a mirarnos. Y yo, para hacerla olvidar, abrí de par en par el armario de los vestidos, y me puse a mirarlos con gran atención, como si hubiera mucho para escoger.

Y nos reíamos de todos los problemas de mi vestido, y nos lamentábamos de nuevo de la mezquindad de mis vestiduras. Y durante el resto de la semana continuamos hablando de eso, haciendo trabajitos en secreto, para ensanchar, planchar, almidonar, marcar, solo para darle, con el cuello y los puños, una cierta elegancia a mi vestido.

También pensé en deshacer un dobladillo de la falda, que tenía tres, para alargarla. Pero cuando, al salir, atravesé el patio, lleno de sol, todos se echaron a reír, porque mis piernas se transparentaban a través de la tela un poco liviana del vestido, que por debajo tenía las enaguas cortas.

Se tuvo que retrasar media hora, el paseo, para rehacer el tejido deshecho, sin contar la mortificación que sufrí, por haber dado esa imagen ante mis primas y el señor Bonelli.

Finalmente partimos, de dos en dos. Yo y María delante, las dos hermanas mayores detrás; los dos padres tras ellas.

Las primas iban de gala, con una capita de paño, el manguito, el cuello de piel, el velo del sombrero bien tenso sobre el rostro hasta la punta de la nariz, y un buen olor a violetas, que me parecía muy sugerente.

Caminaba con torpeza, con los pies fuera de la falda, y las muñecas rojas del frío que se veían entre la manga y el guante, sin capa de ninguna clase, sin manguito, mano sobre mano. Durante mucho tiempo no me atreví a hablar, y pensé que María tal vez se avergonzaba de que la vieran por ahí conmigo, porque no me decía nada, y tenía una actitud de superioridad que nunca la había visto antes.

Pero cuanto más callaba, más abatida me sentía, y comprendía que adoptaba cada vez más un aire de necia, con el rostro enfurruñado y enrojecido, caminando muda al lado de aquella bella señorita, que parecía mi patrona. Y cuando estábamos a punto de entrar en la avenida de la «alea», me armé de valor y le pregunté a María una cosa que tenía en el corazón desde hacía tiempo, inclinando la cabeza junto a ella para demostrar que éramos amigas.

—¿Por qué el domingo Giuseppina dijo que en aquel baile estaba «Mazzucchetti con sus tres amigos»? ¿Quiénes son?

—¡Ah! son De Rossi y Rigamonti. Siempre están juntos. Son «Los tres mosqueteros».

No tenía la más remota idea de lo que podría ser «Los tres mosqueteros», y, sin avergonzarme ni un punto dije, dejando ver todo mi estupor:

—¡Oh! ¿Qué son?

María hizo: «¡Chsss!» Entonces me respondió, con las manos en el manguito, y despacito como hace la gente decente por la calle, sin mirarme, porque habría tenido que levantar la cabeza, ya que era pequeña:

—¡No hables fuerte! «Los tres mosqueteros» son personajes de novela. Esos jóvenes han pillado esos tres nombres y entre amigos se llaman así.

Mi sentido común natural, potenciado por todo lo que mi madrastra me sugería desde hacía unos dos años, se rebeló contra esa idea. En el colmo de mi estupefacción exclamé, olvidándome de hablar bajito:

—¡Oh Dios! ¿pero por qué?

Ese estallido de voz me valió un doble reproche por parte de María y de su hermana, quienes también, por detrás, hicieron: «¡Chsss!» Y María respondió:

—¡Habla bajo! No sé por qué. Sabes; leyeron esa novela, y les gustaron esos personajes. También está Crosio, el que es oficial en las guías, y que está aquí de permiso, que hace de D'Artagnan.

—¿Que hace qué?

—D'Artagnan. Otro mosquetero.

—¿Entonces son cuatro?

—Sí. Pero se dice «Los tres».

Decía esto tranquila tranquila, totalmente compuesta, moviendo apenas los labios, sin el menor estupor, como si dijese la cosa más natural del mundo. Esta muchacha tenía el don de saberlo todo y no sorprenderse de nada. En cuanto a mí, estaba tan estupefacta que de hecho renuncié a comprender. Solo estaba un poco inquieta por él. ¿Cómo haríamos para entendernos? Pregunté tímidamente:

—¿Y él, qué nombre ha cogido?

—Portos, porque es grueso...

Ya había abierto los ojos y la boca, y estaba a punto de prorrumpir en una exclamación, porque Portos quería decir grueso, cuando, por fortuna, María hizo:

—¡Chsss! Cállate la boca. Está aquí, pero no mires; finge que no pasa nada.

¡No mirar! ¡Si había salido para verlo! Volví la cabeza por todas partes, diciendo:

—¿Dónde? ¿dónde?

—Ahora te lo digo. Pero espera y verás, no te dejes descubrir, mira. Está por esta parte, junto a la glorieta de la música, detrás de las señoras Savi, las del sombrero granate. No mires todavía. Nos saludará, porque también está el profesor de piano, entonces lo verás.

Desde atrás Giuseppina susurró suavemente:

—Denza, ahí están.

Siempre hablaba en plural. Yo estaba roja como una cereza, totalmente confusa, y suspiraba por verlo. Pregunté:

—¿Están todos?

—Sí, estate atenta; ahora nos saludan.

Entreví un movimiento, oí un arrastrar de pies; María inclinó apenas imperceptiblemente la cabeza sin mirar a nadie y seria seria. Yo era todo ojos, vi sombreros que se movían, y un grupo de hombres entre los cuales destacaba con un largo sobretodo gris, una especie de elefante.

Se me encogió el corazón, y pregunté asombrada:

—¿Cuál es?

—El más grueso; pero no te dejes ver.

Estaba completamente turbada. Aquella mole superaba todas mis expectativas. Sí, habían dicho que era grueso, lo sabía; pero siempre había tratado de atenuar la cosa, de conciliar la gordura con la juventud, con la esbeltez... En cambio, era una cosa de una sola pieza, con hombros poderosos, altos, cuadrados, el pecho protuberante, el cuello corto y una cabeza grande con los cabellos negros negros, lacios lacios, y los ojos negros, grandes, saltones. Me parecía un viejo. Pero María, apenas nos sentamos las cuatro en un banco, con nuestros padres de pie atrás, al otro lado de la música, sacó fuera del manguito un bello pañito que olía a violeta, y se lo puso en los labios, como para reparar el frío, me habló de buenas, como en casa:

—No digas necedades. ¿Te parece que es viejo? tiene veintiún años y no es un mal punto. Mira. Ahora puedes mirarlo sin ser vista. ¿Ves? de perfil es bello. Ahora mira alrededor buscándonos. Le has causado buena impresión..

Lo miré fijamente durante mucho tiempo. De hecho tenía un bello perfil de camafeo, y cuando finalmente descubrió dónde estábamos y posó un minuto aquellos ojazos en torno a mí, los encontré plenos de dulzura.

Titina, que lo miraba desde el punto de vista del matrimonio, trataba de animarme, y dijo, inclinando la cabeza delante de Giuseppina para hacerme saber:

—Pues es bello, ya sabes. Tiene un aire de un gran señor.

De hecho, sea porque aquel sobretodo largo y claro lo hacía destacar en medio de los otros, sea porque dominaba a todos sus amigos por la cabeza, se veía noble, parecía superior a ellos. Todos le hablaban, y él respondía con mucha calma, y sin ningún gesto. Hacía movimientos muy lentos.

Podía observarlo lo que quisiera, porque solo me miró aquella primera vez un instante, y después otra vez cuando pasamos junto a él, mientras yo tenía los ojos fijos en él, y una tercera vez de refilón al regresar, encontrándonos bajo los pórticos.

Pero, en sustancia, me parecía un poco frío, y me sentí humillada y descontenta.

María me dijo que esta aparente frialdad, era una prueba de tacto por su parte. Que no quería comprometerme mirándome demasiado. Que por lo demás ella sabría por el maestro de piano, si le había gustado, y qué había dicho de mí.

Por la mañana comenzó a llover, y llovió durante una serie de días. Sentadas junto a la ventana de la cocina, trabajando, yo y mi hermana hablábamos continuamente de él, de su amor, del matrimonio; discutíamos si me iría a vivir con su padre y su madre, o si pondría una casita para nosotros solos.

Me inclinaba por la casita.

Pero el pensamiento de que me había mirado un poco, me perseguía. Después de lo que me había dicho María la noche del teatro, me lo había figurado enamorado como Fausto; y a fuerza de pensarlo, había logrado imaginar que su corazón y su mente estaban llenos de mí, que anhelaba volver a verme como yo anhelaba verlo a él, y que al verme, todo su rostro debería expresar un éxtasis de alegría, la satisfacción de ver cumplirse un deseo largamente esperado.

En cambio permaneció impasible. Por mucho que me hablaran de prudencia, de no querer comprometerme, había sentido que estaba impasible. En el segundo encuentro, sí, su mirada se había detenido en mí con complacencia, como una caricia. Y esto era mi consuelo. Porque la idea de que todo aquel amor había sido un sueño me afligía profundamente. Me afligió hasta el punto de que olvidé su gordura, y la desagradable primera impresión que tuve de él.

Cuanto más lo pensaba, en nuestra lúgubre soledad, en la monotonía de los días lluviosos, más me sentía enternecer.

Una vez, mientras acunaba al niño, que gimoteaba porque le apretaban los dientes, totalmente absorta en este pensamiento mío, figurándome estar no sé donde, a solas con él, y ya su mujer, me sorprendí susurrando:

—¡Pobre alegría, qué grueso estás!

La madrastra, que estaba cocinando, se volvió y dijo.

—Ya no está nada grueso, pobrecito. ¿No ves que la dentición lo consume?

Creyó que hablaba de su niño. Y de hecho había hablado de él para poder desahogarme. Pero hablaba del otro. Y experimenté una gran dulzura al compadecerle por su gordura, por tener esta cosa que perdonarle, por darle una prueba de amor.

Di un beso sonoro, rabioso en la mejilla del mocoso, que se puso a chillar, y me hice la ilusión de besarle a él. Lo abracé y lo acaricié, con una pasión loca, tanto que la madrastra me recriminó que lo sofocaba, y me lo quitó.

Corrí a mi habitación, me arrojé de cabeza sobre la almohada de mi cama, y lloré amargamente. Ese día terminé de enamorarme. Desde entonces su gordura, cuello corto, cabello lustroso y liso, todo me pareció bello, y sentí un estremecimiento de ternura al volverlo a ver en mis pensamientos, y lo volvía a ver siempre.

Una noche, el niño ya estaba en la cama, el padre y la madrastra tomaban una taza de manzanilla junto al fuego en su habitación, como hacían todas las noches, antes de acostarse, y nosotras habíamos entrado detrás del biombo para darle las buenas noches a la tía, cuando se escuchó el timbre de la puerta, luego los pasos de padre que se alejaba para abrir, luego unas vocecitas alegres y graciosas:

—¡Oh! ¿pero también usted, doctor, un hombre, se va a dormir a esta hora? ¡Qué vergüenza!

Era la voz de María. Eran las primas. La tormenta de lluvia incesante las había empujado a venir esa noche con nosotros. Yo me agité mucho, me puse completamente roja. Seguro que el maestro de piano había traído una respuesta, y habían venido a decírmela.

Corrí a la habitación de padre con los ojos brillantes, y les guiñé el ojo a las primas para saludarlas, con aire de complicidad como diciendo:

«Comprendo; sé porqué habéis venido; ahora hablaremos».

Y me guiñaron el ojo graciosamente y sonriéndome, y me dieron enérgicos apretones de manos, sacudiéndome el brazo hasta el hombro.

Esperé a que comenzara un poco la conversación entre los viejos, entonces dije, para sugerir un pretexto para apartarme un poco:

—¿Habéis visto el bajo de la falda que estamos bordando?

—¡Sí! Lo hemos visto muchas veces, ¿no te acuerdas?

Giuseppina dijo esto, asombrada, como si no hubiese comprendido el porqué de esa propuesta.

Esperé un poco más, luego, viendo que no había forma de hablar en voz baja, volví a decir:

—¿Queréis ver al niño dormido?

Las tres chicas repitieron como un triple eco:

—¡¡¡Al niño dormido!!!

Y las tres me miraron asombradas. Estaba tan fuera de nuestras costumbres mostrar la menor admiración por aquel mocoso, al que ente nosotras siempre llamábamos *el viejito*, que no sabían qué pensar. Pero insistí:

—Tú, María que amas tanto a los niños…

Me alcé, y fui resueltamente a la cuna: las primas y Titina me siguieron. Cuando estuvimos allí, exclamé por un momento que era lindo, y que tenía hoyuelos en los brazos, solo para que la madrastra escuchara, luego le pregunté a María en voz baja:

—¿Y entonces? ¿Qué ha dicho?

—¿Quién?

Esta vez me impacienté y borboté enojada:

—¡Oh Dios! ¡nunca te acuerdas! ¿Pero en qué piensas? Él, Fausto, ¿qué le ha dicho pues al maestro?

—¡Ay! ¡sí! Aún no le he preguntado.

Me vino una ira que la habría golpeado. Creo que la golpeé de veras, porque embestí de un lado a otro para abrirme paso, y volví al fuego sin decir nada más. Me siguieron y se sentaron un poco confusas. Luego al saludarme María me susurró tomándome la mano:

—Tranquila. En la primera lección se le digo seguro. No sabía si realmente te gustaba.

Pero había perdido la fe en esa promesa; estaba desengañada; me sentí sin apoyo para llegar a la meta anhelada, vi que se me escapaba, y la deseé con todo el ardor con que se desea un bien que se escapa.

Mientras tanto, sin embargo, esos sufrimientos no me resultaban sombríos, como los que tanto había deplorado, de la madrastra, de la casa, del niño. Me eran queridos, amaba sufrir así. Cuando Titina, viéndome preocupada y triste, a menudo a punto de llorar, me decía: —Ruega a la Virgen para que te lo haga olvidar—, me fastidiaba, me espantaba la idea de olvidar aquel amor, de no encontrarlo ya en mi mente, en mi corazón, perder esa cosa dulce, que me llenaba por completo, quedarme con ese gran vacío y ese gran silencio. Y grité: -¡No, no, por caridad! ¿Qué quieres que haga, cuando lo haya olvidado?

Una noche, un sábado por la noche, el niño estaba muy enfermo por la historia habitual de los dientes. Todos teníamos que levantarnos, cocinar caldos y papillas, y estar de pie toda la noche.

Por la mañana todavía estaba enfermo, tenía fiebre y quería estar en el regazo de su madre.

Mi tía no había salido en todo el invierno, porque tenía reuma en una pierna, y no podía ponerse en pie.

Padre tuvo que correr al médico, al farmacéutico, y a la iglesia deprisa para encender una vela a la Virgen para que el niño se recuperara. No había nadie que pudiera acompañarnos a misa. Y, aunque les disgustaba a la madrastra y a padre, que desaprobaban mucho —«el hábito de encomendar las niñas a una sirvienta, más o menos de su edad, y menos educada que ellas»—, por esta vez tuvieron que resignarse, y mandarnos a misa con el servicio.

No habían terminado de decirlo, cuando ya tenía mi plan en marcha. Es más, confieso que, ya durante la noche, en medio de los llantos del niño y la inquietud de todos, perseguida por esa única idea que me dominaba, dije para mí:

«Mañana, seguro que no podrán acompañarnos a misa. Si nos mandasen con la sirvienta...»

Y, aunque no me alegré de que el pobre viejito estuviera malo, me consolaba, ya que la cosa tenía que suceder, que hubiera ocurrido precisamente un sábado por la noche.

En casa no dije nada para evitar discusiones, pero apenas estuvimos en la calle, le dije a Titina:

—¡Vamos a Misa a Santa Eufemia!

Ella no se opuso. Nos pusimos de acuerdo en decirle a la sirvienta que no se lo contara a nadie y nos fuimos corriendo, porque esa iglesia estaba bastante lejos.

Entramos con la misa ya comenzada. El sacerdote leía la *epístola*. Al abrir la puerta, me topé con la figura colosal de mi Fausto, que estaba de pie, justo al lado de la puerta, como hacen los jóvenes, quizás para demostrar que están allí en contra de su voluntad e impacientes por irse.

Nos vio entrar, nos siguió mientras buscábamos un lugar, y cuando lo hube encontrado no lejos de él para poder verlo, se volvió hacia nosotras, descuidando el altar. Yo hice lo mismo. Lo miré intensamente, locamente todo el tiempo de la misa.

Le narraba, con el ardor de mis ojos fijos en los suyos, mi gran amor, mis sufrimientos, la alegría de aquella hora, las dulces esperanzas del porvenir, y mis dolores, y mi fe en él. Sentí que le estaba contando todo esto, y tenía la certeza de ser comprendida.

Ah, fue un hermoso día, y me reportó una fuente de consuelo y de alegría para el resto de la enfermedad del niño, de la temporada de lluvias. Hablaba de las menudencias más vulgares de la casa, con voz conmovida y jubilosa; dirigía una sonrisa beatífica al niño cuando lloraba, a los pañales, a las ollas de la cocina, y llevaba la cabeza alta gloriosamente.

Finalmente estaba segura de ser amada, y él sabía que era correspondido. Lo habíamos acordado entre nosotros. No era más que una cuestión de tiempo.

Después de aquella misa, cada vez que me encontraba con Mazzucchetti en la calle, además de sonrojarme y sentir que el corazón me latía hasta los hombros, sonreía un poco de soslayo, y lo miraba a los ojos con aire de complicidad. Como nos amábamos, tenía derecho a hacerlo. Y él me miraba con insistencia, y si estaba por delante, de vez en cuando se volvía hacia atrás. Y yo contaba cuántas veces se había dado la vuelta. Si era por la noche, y solo estaba padre con nosotros, me volvía para mirarlo, cuando después de encontrarnos, salíamos por lados opuestos. Y a veces lo sorprendí parado y girado para mirar tras de mí. Un día que nos encontramos así, y yo tenía el niño al cuello, y la madrastra estaba detrás, me detuve para decirle que el niño tenía las manos calientes y que quizás estaba malo, para poder volverme de repente y mirar a mi enamorado.

El niño estaba fresco y muy bien, y me tocó una larga serie de reflexiones sobre mi descuido, de las que no entendí una palabra.

Estos fueron los episodios de mi amor, sobre los cuales encontrábamos tema para hablar mucho con mi hermana y mis primas, que yo repensaba día y noche sin cansarme nunca de ellos, y que bastaban para alimentar mi esperanza, incluso para reforzar mi fe.

Tramo a tramo fueron acaeciendo hechos más importantes que nos ocuparon durante mucho tiempo.

El primero fue que María encontró el modo, en una charla alegre, de preguntarle al profesor de piano si me había visto ese día en el «alea» con ella. El maestro me había visto y agregó que era «una bella moza». Entonces María continuó su discurso:

—Me parece que Mazzucchettone estaba con usted, ¿no es así maestro?

—Sí, y De Rossi, y Rigamonti, y Crosio; la habitual compañía de los mosqueteros.

—¿Y qué dijeron de mi prima?

—Los demás no lo sé, estaba atrasado con Mazzucchettone, Portos...

—¿Y no dijo nada? Me pareció que la miraba...

—Sí. Dijo que era bella. Es el tipo de muchacha que le gusta.

—¿Ah sí? ¿Por qué?

—Porque él es un poco salvaje, no le gustan los cumplidos, y teme a las señoritas elegantes.

De esto concluimos que, desde el primer día, también le había agradado desde el punto de vista del matrimonio; porque, si fuera solo para mirarme, no podría importarle si yo era elegante o no.

Luego hubo estos otros eventos:

Un día, cuando estaba en casa de los Bonelli en el balcón, Mazzucchetti se volvió tres veces para mirar hacia arriba mientras atravesaba el distrito, y se detuvo durante varios minutos antes de doblar la esquina. De hecho Titina aseguraba que había hecho con la cabeza un gesto de saludo; pero las primas no lo admitieron porque «a las señoras se las saluda quitándose el sombrero, y no con un gesto».

Una noche, saliendo tarde de casa, con padre, al final del verano, lo encontramos parado frente a nuestra puerta y solo: este fue uno de los hechos más importantes, y me mantuvo ocupada y feliz durante todo un mes que pasé en Borgomanero con la hermana de padre, porque la madrastra descubrió que desde hacía algún tiempo, ya no tenía mi aire beatífico y tontorrón, y, en consecuencia, necesitaba aire oxigenado.

Allí, no teniendo ni a Titina ni a las primas, con las que hablar de mi amor, terminé por confiárselo a la hija de mi tía; sobre todo porque estaba comprometida con el hijo del farmacéutico del pueblo, el cual estaba haciendo prácticas en una farmacia de Novara, y le escribía una vez por semana.

Ella, que no ocultaba su amor a todo el país, narró enseguida a su madre el mío, y por la noche en la cena, la tía le dijo a su marido:

—¿Sabes, Remigio, que nuestra Denza nos ha dado una buena noticia? ¿Que está comprometida con un joven muy rico, y de una buena familia en Novara?

Me sentí acalorada y sudorosa. La cosa había ido mucho más lejos de lo que pensaba. Temblaba con el hecho de que felicitaran a mi padre cuando viniera a buscarme, y aunque, allí en el momento acepté las felicitaciones de mis tíos, y experimenté la alegría completamente nueva de ser novia, luego pasé una noche muy agitada por el miedo de ver nacer un problema, si hablaban con mi familia.

Por la mañana rogué a mi prima que advirtiera a su madre, de que no le dijera todavía nada a padre, porque ni él ni la madrastra lo sabían. Ella exclamó:

—¿Pero cómo? ¿Estás comprometida, y tus familiares no lo saben?

Necesitaba disculparme de algún modo, y durante la noche había preparado la respuesta:

—No estoy realmente comprometida, ¿sabes? No he dicho eso. Que me casaré con él, es casi seguro, porque nos amamos; la cosa la han arreglado mis primas las Bonelli.

—¿Lo conocen mucho?

—Reciben lecciones del mismo maestro.

—¿Y le ha dicho a tus primas que te quiere esposar?

—Se lo ha hecho decir al maestro...

Había un montón de mentiras en aquel discurso, pero como estaban implícitas, mi conciencia se acomodó. Y además no se trataba de salvar al mundo entero, sino a mí y a mi amor, que para mí era mucho más apremiante que el mundo entero. Y me propuse confesarme.

Pero aquella promesa formal y declarada entre mi prima y su prometido, sus cartas periódicas, que terminaban todas «cree en el inalterable amor de tu Antonio», me habían dado nuevas aspiraciones.

Regresé a Novara con el intenso deseo de una carta o de una promesa.

Titina decía que, si Mazzucchetti me hubiese pedido e incluso esposado, habría sido mejor; pero yo habría querido antes las cartas. Compuse una en mi mente, la leí. No era tranquilamente afectuosa como la de Antonio a mi prima. Era ardiente como debe ser una primera declaración. A veces, en mi pensamiento, ponía expresiones tan apasionadas, que mis ojos se llenaban de lágrimas.

Finalmente lo conocí y hablé con él. Aquí está la historia de ese día memorable. Era el primer domingo de octubre, fiesta del Rosario. En el arrabal de San Martino, pasadas las vísperas, se hacía la procesión, paseando a la Virgen del Rosario, toda vestida de oro con la corona de perlas.

Las primas Bonelli tenían una pequeña villa justamente en el suburbio de San Martino; pero desde la villa no se podía ver la procesión. Sin embargo al final del arrabal tenían un cortijo, con balcón a la calle y allí nos invitaron aquella tarde de otoño, porque la procesión pasaba justo por debajo de la casa.

Para nosotras se trataba de discurrir libremente de mi amor, porque en un suburbio no había posibilidad de encontrar a Mazzucchetti ni a los otros. Los señoritos nunca salían de las puertas de la ciudad. Aquel día padre tuvo que acompañar a la madrastra a casa de un viejo pariente, de quien esperaba, al parecer, una herencia, y nos permitió ir con las primas y con el señor Bonelli.

Estábamos las cuatro muchachas en el balcón, mirando la multitud de campesinos vestidos de fiesta, y la cruz que precedía la procesión al final del barrio, cuando del lado opuesto, casi del campo, vimos despuntar al grupo de Mazzucchetti con los tres amigos y el maestro de piano. Estábamos al final del suburbio, y de repente estaban bajo el balcón, y a punto de pasar sin habernos visto. Pero María gritó:

—¡Maestro! ¡Maestro! —Y cuando el maestro levantó la cabeza, volvió a gritar: «¡Suba!»

¡Qué momento fue aquel! todavía no me había recuperado del susto de haberlo visto en aquel lugar inesperado, de haber temido que pasara sin mirarme, y lo veía allí, parado bajo el balcón, con los ojos vueltos hacia mí, en compañía de alguien que hablaba con mi prima. Era casi como si nos habláramos. Tanto es así, que él y todos sus amigos se quitaron el sombrero, y nosotras inclinamos la cabeza.

Pero no bastaba. Las primas, tan compuestas en la ciudad, estaban totalmente excitadas de encontrar gente civilizada en el campo: así que María no cesaba de decir al maestro:

—Pero suba, suba. ¿Lo ve? La procesión ya está casi aquí.

El maestro señaló a la brigada, y dijo encogiéndose de hombros:

—Tengo compañía…

Entonces, esta increíble muchacha gritó:

—Suban todos. —Luego volviéndose hacia aquellos señores, a quienes conocía apenas por haberlos visto en algún baile, dijo:

—Hagan el favor. «¡À la guerre comme à la guerre!» [En la guerra como en la guerra]

También hablaba francés. Los cuatro sombreros se alzaron enormemente de nuevo sobre sus cuatro cabezas, después todos desaparecieron por la puertecita debajo de nosotras, y un minuto después la galería de madera tembló bajo el paso del Mazzucchettone, que, como joven buen educado, pasó junto a mí sin detenerse, y fue a saludar a las dueñas de la casa.

Giuseppina, que era la más correcta, y que no perdía la cabeza ni en el campo, dijo después de haber dispensado fuertes apretones de manos:

—Pero, ¿dónde está padre? Maestro, entre un rato a buscar a mi padre.

María, mientras tanto, se había vuelto hacia nosotros y dijo señalando a esos señores:

—El señor De Rossi, el señor Rigamonti, el señor Crosio, el señor Mazzucchetti.

Luego nos señaló a Titina y a mí con un gesto amable y gentil, y continuó:

—La señorita Dellara.

Nunca había visto hacer presentaciones, ni siquiera sabía que se hicieran. María estaba destinada a darme toda clase de estupores. Más aún, ya que creí que era una idea suya completamente nueva, la de hacernos conocer de esa manera para que pudiéramos romper el hielo y hablarnos. Y me pareció una gran y bella invención, y admiré en mi pequeña prima, el hallazgo de aquel desconocido y remoto inventor.

Todos aquellos señores se inclinaron; en tanto llegaba el señor Bonelli, se estrecharon todas las manos, hablaron en voz alta, después María gritó que se callaran, que llegaba la procesión. De hecho ya estaba debajo; entonces todos miramos hacia afuera, y Mazzucchetti se encontraba junto a mí, que tenía el corazón que se me salía del pecho a fuerza de batir, y me sentí formalmente comprometida,

orgullosa y feliz. Después de un rato, durante un enérgico «tantum ergo» [la última parte (últimas dos estrofas) del himno eucarístico *Pange lingua*, escrito por santo Tomás de Aquino.], desafinado por los campesinos en procesión que cubrían nuestras voces, me dijo misteriosamente:
—¿Se divierte? —y me miró a los ojos como diciendo: «Responda la verdad. Es una cuestión de vida o muerte».

Dije un *¡sí!* sonoro, alto, saltarín, como si me hubieran preguntado: «¿Está contenta de tomar como vuestro legítimo consorte?...»

Hubo una pausa larga y laboriosa, durante la cual sentí que preparaba un discurso.

Después, más misteriosamente que antes, me susurró:

—La vi una mañana en la misa de Santa Eufemia, me parece; esta primavera...

Yo corregí:

—Apenas era marzo.

—¡Cómo se acuerda!

—Sí. Tengo buena memoria.

Esto lo dije con una ojeada rápida, con la que quise añadir: «En circunstancias como aquellas». Y él comprendió, porque me miró intensamente, con una mirada amorosa, y retomó el discurso:

—Sin embargo no ha vuelto a Santa Eufemia.

—No. Estamos demasiado lejos... Mi madrastra no quiere.

—¿Pero sin embargo le gustaría?

Quiso decir, y sus ojos y su voz lo decían: «¿Querría volver a verme y repetir aquellas miradas?».

Y respondí a aquella pregunta implícita, sinceramente, seria y conmovida como si realmente le hubiera confesado mi amor:

—Yo, sí, querría.

Él susurró:

—¡Gracias! —y estaba todo dicho. Nos habíamos comprendido, y ambos estábamos conmovidos. Pasó el dosel con el Sacramento. Todos los campesinos de la calle se arrodillaron. Titina cayó de rodillas. Yo iba a hacer lo mismo; pero di una ojeada a las primas, y vi que habían agachado prodigiosamente la cabeza, pero estaban de pie,

y todos los señores del balcón estaban de pie, e hice como ellos. En medio de una oleada de olor a incienso y humo, que salía de los incensarios que se agitaban en torno al dosel, escuché la voz de Mazzucchetti, que me susurraba casi al oído, y con acento amantísimo:

—Denza, ¿me permite escribirla?

¡Denza! ¡Me había llamado por mi nombre! Fue un estremecimiento de placer y de amor tan extremo, que parecía un dolor, y me hizo llorar. ¡La carta tan soñada! ¿Pero cómo haría para recibirla? Era imposible, hasta que no estuviéramos formalmente prometidos, con el consentimiento de padre. Respondí con gran disgusto:

—No puedo recibir cartas... Padre las vería primero, y la madrastra...

Esto lo dije para advertirle que cuando hubiese hablado con ellos podría escribirme. Él no insistió; en cambio me preguntó cuándo podría verme, dónde iba a misa. No dudé en decirle que iba a la Catedral, y que nuestro banco estaba a la derecha de la nave principal, frente a la capilla de San Agapito... Y él dijo:

—El domingo iré a la Catedral.

Después se calló un largo rato; pero sentí que todavía tenía algo que decir, porque también a mí me faltaba algo, aunque lo habíamos dicho en otros términos. Pero la procesión había terminado; el señor Bonelli había hecho traer botellas de vino blanco de su casa; toda la compañía estaba aglomerada a la salida de la galería, y los dos nos quedamos afuera solos. Un campesino, que venía detrás de nosotros llevando la bandeja con los vasos, tocó a Mazzucchetti en el hombro, y nos devolvió a la tierra, desde aquel bello cielo amoroso donde estábamos.

Cogimos los vasos, y permanecimos muy torpes con un vaso en la mano, sin atrevernos a hacer el acto, demasiado material en aquel momento de beber y, no obstante, deseando liberarnos de aquel impedimento. Él fue el más corajudo; se quedó aturdido durante un minuto, después se lo bebió todo de un trago, y entró en la habitación para dejar su vaso.

Yo, al quedarme sola, me sentí un poco mortificada por haberme aislado en aquel coloquio amoroso frente a todos, y me acerqué a las primas que charlaban con los jóvenes, mientras Titina, un paso más atrás, escuchaba con la boca abierta.

Mantenían un diálogo extraño, que no se comprendía, De Rossi y María. Ella decía:

—Incluso el hielo se funde con el gran calor del sol.

Y él respondió:

—Pero no los glaciares...

María dijo con gran astucia:

—Cuidado que los glaciares engañan. El Etna tiene el fuego dentro...

Y Giuseppina, con aquel modo suyo de decir un poco desdeñoso, de elegante belleza, añadió:

—Y esta noche me parece que el Etna está en erupción.

Y todos se echaron a reír, y se dispersaron.

No entendía de qué había que reírse, y cómo podían ocuparse tanto de aquella montaña que nadie había visto.

María al darse la vuelta notó que yo estaba allí, y cogiéndome del brazo, me dijo:

—¿Has oído? Dicen que es un glaciar.

—¡Oh Dios! ¿pero qué os importa? —Pensé que hablaba del Etna. Ella respondió:

—A mí nada. Pero lo decía por ti. Me parecía cualquier cosa menos un glaciar esta noche. ¿Se ha declarado?

Como de costumbre, caí de las nubes con esta muchacha. Le dije:

—¿Pero cómo? ¿Hablabais de él? ¿Es a él a quien llamáis un glaciar con fuego dentro? ¡Tenéis un modo de hablar!

—No; es De Rossi quien dijo que era frío como el hielo, incapaz de enamorarse... Pero no importa. ¿Qué te ha dicho?

Al repetirlo me di cuenta de que realmente había dicho poco. Pero había dejado caer mucho. Y María fue de mi parecer. Aquel «Gracias» y aquel «El domingo iré a la Catedral» fueron una declaración y una promesa. ¿Qué pensaba aquel señor con lo de glaciar?

Salimos todos juntos, dirigiéndonos hacia la ciudad.

Crosio, el bello oficial de permiso, caminaba junto a Giuseppina, y hablaban poco y en voz baja, parecían un rey y una reina.

María le daba el brazo a Titina, y los otros dos jóvenes revoloteaban a su alrededor, entre todos charlaban y reían muy alegres.

El padre de las primas, que acompañaba siempre devotamente a sus hijas, les complacía en todo, las adoraba, hablaba poquísimo, y sobre todo de negocios o de política, iba con el profesor de piano, y al pasar al lado, oí que hablaba del Canal Cavour.

Yo me adelanté a todos, y Mazzucchetti se situó junto a mí. El camino principal era bastante ancho. Toda la compañía se mantuvo a la derecha; nosotros tomamos la izquierda.

Apenas nos sumergimos en aquella oscuridad, él sintió el coraje de decir aquella palabra que nos faltaba todavía:

—¿Sabes que te quiero mucho?

—Sí...

Entonces sentí moverse algo a lo largo de los pliegues de mi vestido, después su mano tomó la mía, que pendía justo a mi lado, y la apretó. Y sentí en aquel momento tal estremecimiento de ternura en todo mi ser, tal punzada de alegría en el corazón, que debía ser la mayor dulzura humana. Nunca conocí una mayor, ni tan siquiera igual. Y habría vendido mi alma, como Fausto, para que hubiese osado abrazarme. Y se quedó callado un largo rato, conmovidos los dos. Él fue el primero en reponerse, y deploró que no pudiésemos escribirnos, porque me habría confiado todos sus secretos. Sólo para responder, pregunté:

—¿Tiene algún secreto?

Me dijo que sí, y recomendándome la máxima prudencia, me confió que él y aquellos tres amigos, eran «Los mosqueteros». Habían alquilado una habitación, justo al lado de nuestra casa, desde hacía varios años ya. Y por la tarde iban allí, se ponían un fez, y fumaban en pipa, y se llamaban Athos, Portos, Aramis y d'Artagnan. Él era Portos.

De hecho, una tarde, se acordaba de haberme visto salir de casa, con mi hermana y mi padre, mientras él estaba esperando a sus compañeros para la cita habitual…

¡Aquella noche que especulamos tanto porque estaba parado junto a nuestra puerta! Este fue un momento de amargura, dentro de aquella gran alegría. No estaba allí por mí.

Me hablaba en voz baja, con una seriedad un tanto triste como la de un hombre envuelto en una conspiración, y que acepta aquella fatalidad cuyos peligros conoce.

Había escuchado aquella historia, y sabía que era conocida por todos. Pero, confiada por él, adquirió una importancia completamente diferente.

Los detalles de la habitación alquilada, las pipas, los feces, los demás no me lo habían contado. Ellos no los conocían. Nadie los sabía. Me los narraba a mí sola. Me hacía depositaria de un secreto. Y me propuse custodiarlo celosamente en mi corazón, me enorgullecía aquella prueba de confianza que me daba.

Sin embargo, habría deseado que las primas Bonelli supieran que me había hecho aquella confidencia; y también aquel otro simple que lo llamaba glaciar...

Después me confió que era un hombre fatal. Y lo probó con un hecho.

Un día, cuando estaba de cacería con sus amigos de siempre, se encontraron con una vieja; —y la describió, como las viejas de las novelas, encorvada, desdentada, y con la voz cloqueante—. Le habían pedido que les leyera el porvenir a todos, que cada uno le daría una lira.

Él, naturalmente era un espíritu fuerte, rebelde a cualquier superstición, y hasta un poco ateo... una sombra. Lo escondía para no afligir a su madre, pero en su corazón se reía de la gente crédula,

A pesar de todo, en las palabras de aquella vieja había reconocido una impronta de verdad solemne, y se había turbado, él Portos, el fuerte. Aún más porque había una tormenta y relampagueaba.

La vieja le había predicho, que haría desgraciada a la mujer de la cual se enamorase y que se enamorase de él.

Por esto, me juró que, espontáneamente, nunca habría dado un paso para acercarse a mí, por mucho que lo desease; si no se hubiera dado el caso de habernos encontrado aquella noche, ¡quizás nunca hubiéramos hablado!

Sentí un escalofrío recorrer todo mi ser ante aquella suposición.

¡Seguía diciendo, que era fatalista! Dado que la casualidad nos había reunido, de ese modo «casi milagroso» era una prueba de que debía declararme sus sentimientos; y lo había hecho a riesgo de todo.

Pero se entristeció, temía por mí, sólo por mí, en medio de su alegría; y sólo la casualidad tenía toda la responsabilidad en el asunto; responsabilidad que él no aceptaba, porque sintió que la vieja realmente había dicho la verdad. Él portaba desventuras, especialmente a las personas que le eran queridas. ¡Tenía una hermana, y a los dieciséis años estaba muerta!

Y agregó:

—¡Todo esto quería escribirle!

Y después de un rato, durante el cual repensó quizá las bellas expresiones que habría escrito, y que quedarían inútiles en su cerebro, me preguntó:

—¿Perdóneme por haberle hablado, a riesgo de todo? ¿Me perdona, Denza?

Estreché la mano que siempre sostuvo la mía, y le comuniqué una especie de ardor febril, después pregunté:

—¿Y usted, cómo se llama?

—Onorato. Llámeme Onorato cuando me nombre, o piense en mí…

Mientras tanto habíamos llegado a las puertas de la ciudad. Se detuvo y dijo:

—Adiós, Denza... —Y su mano parecía un ser pensante, que tuviese una mente y un corazón, tantas cosas me dijo y tantos afectos me reveló en ese último apretón tembloroso y nervioso. También me dijo, aquella mano, que debía saludarlo con su nombre. Y yo, un poco confusa, susurré:

—Adiós, Onorato.

Todos los demás se habían unido a nosotros, y se detuvieron en grupo. Era necesario separarse. Si hubiéramos entrado todos juntos en Novara, la crónica se habría extendido quién sabe cómo, y quién sabe por cuánto tiempo.

Sin decirlo, todos lo sentimos, y nos despedimos con muchos apretones de manos, pero sin invitaciones ni promesas de visita. Y entre nosotros dos no pudimos decir nada más.

Guardé en el ánimo cierta aprensión por la predicción de la vieja. No la creía en absoluto; nadie me hubiera persuadido jamás de que una cosa tan bella como ser amada, y oírlo decir, pudiese traerme desgracias. Pero me horrorizaba el pensamiento de que él lo creyese, y que quizás, por aquel miedo infundado, se abstuviera de acercarse a mí, de dar cualquier paso hacia mí, y me privase de tantas alegrías... Habría querido persuadirle que de él, hasta ahora, sólo me habían llegado éxtasis de dulzura; que cada mirada, cada sonrisa me inundaba de contento, que era imposible que aquella beatitud me trajera desgracia, y que la única desventura para mí era su lejanía...

Titina, como la muchacha positiva que era, me preguntó:

—¿Cuándo le hará la petición formal a padre?

No sé por qué aquella cuestión me pareció una ofensa a Onorato, un pensamiento sospechoso; y le respondí con gran dignidad:

—Cuando quiera. ¿Crees que desconfío de él, y que tengo necesidad de hacerle hablar con parientes, y vincularlo con una promesa, para creer en su amor? Sé que me ama, «que es mío, y yo soy suya» y eso me basta, y soy feliz.

Mi hermana, que era tenaz en sus ideas, volvió a decir:

—Yo, si fuese tú, preferiría que me esposase.

—Yo no. No sabes lo bello que es tener a una persona que nos ama, estar de acuerdo con ella, y conocer todos sus secretos... Yo también estaba impaciente por casarme antes. Pero ahora que he experimentado todas estas alegrías, deseo degustarlas, prolongarlas un poco, antes de esposarlo.

En efecto calmada de momento la inquietud de las dudas y la ansiedad de conocerlo, dichosa en la seguridad confiada de aquel amor, estaba demasiado absorta en mi nueva alegría, para advertir los problemas de la casa, que me habían hecho desear casarme otras veces. Era feliz en medio de aquellas complicaciones, precisamente como si no existieran.

Lo que ahora deseaba ardientemente era leer *Los tres mosqueteros* para comprender mejor el secreto que tenía en el corazón.

Pero esta alegría no la obtuve. María quería prestarme la novela; pero Giuseppina se opuso formalmente. Sabía que padre era muy rígido en cuanto a la lectura, y no quería en absoluto, ni para ella ni para su hermana, la responsabilidad de hacerme leer una novela a escondidas, y me dijo:

—Pregunta a tu padre, y, si él lo permite...

¡Figurarse que me atrevería a preguntárselo! ¡Y que él lo hubiese permitido!

Llegó el otoño. El otoño lluvioso y triste, que pasamos encerrados en casa, con la madrastra severa, padre absorto en ella, el niño lloriqueante y la tía reumatizada.

Pero cuando la casa se llenaba del ruido de los quehaceres, y de los chillidos del niño, y cuando estaba silenciosa y triste como una tumba en las horas de la tarde, escuchaba resonar en mi oído la voz jadeante y amorosa de Onorato, repitiéndome siempre dulcemente, sus queridas palabras:

«¿Sabe que la quiero tanto? Y usted ¿me quiere un poco, diga? ¡Adiós Denza!»

A veces lloraba de emoción, a veces reía, cantaba, jugaba locamente con el niño, para desfogar la plenitud de mi alegría; pero siempre era feliz.

Una tarde se me ocurrió entrar inesperadamente en la habitación de la madrastra; y cuando estaba a punto de abrir la puerta, la oí que decía a padre:

—¡Es extraño! Creo que Denza debería *hacer más encuentros*. Ahora que ya no tiene para nada ese aire de beata y tontorrona, al contrario es fina y un poco sentimental, realmente una bella joven. Sin embargo nadie la ronda, nadie la pide...

Padre respondió:

—¿Qué quieres? Las muchachas sin dote nunca tienen gran demanda.

Y al cabo de un rato añadió:

—Hace tiempo, Bonelli me comentó algo sobre el hijo del ingeniero Mazzucchetti. Parece que la mira con buenos ojos…

—¡Y qué! con buenos ojos la mirarán todos; es una bella muchacha, es agradable mirarla. Pero no te metas en la cabeza que Mazzucchetti quiere casarse con ella. ¡Un joven que tendrá quizás un millón! La mirará hasta que no tenga otra cosa más que hacer, después se esposará con otra…

En lugar de entrar, me di la vuelta lentamente riéndome para mis adentros de aquel gran equívoco que adoptaba la madrastra, a pesar de su sentido común. Pensé.

«¡Si supieran! ¡Si supieran que entre nosotros ya estamos de acuerdo, y que es solo cuestión de tiempo! ¡Que conozco sus secretos, y que lo llamo Onorato!».

Y en mi corazón estaba aquella fe segura, con la cual dice el evangelio que se podrían transportar las montañas.

Pasó también el otoño y llegó el invierno, rígido, con ciertas nevadas que hicieron impracticables los caminos; y nuestra casa, donde sólo en la cocina y en el cuarto de la madrastra se encendía el fuego en la chimenea, era fría como Siberia. Me salieron sabañones en las manos, que se hicieron grandes y vergonzosamente rojos.

Pero yo pensaba que eran las manos entrelazadas con tanto amor por Onorato, y me extasiaba al contemplarlas, y, deformadas como estaban, me evocaban en la mente las visiones encantadas de aquella velada memorable.

Llegó también el carnaval, aquel carnavalito provinciano, chismoso y pretencioso, donde se discurre de la más mínima fiesta, antes y después, hasta la náusea; donde se hacen los más minuciosos inventarios de las vestimentas, y siempre se viste demasiado de gala.

Las Bonelli, que brillaban mucho, nos hablaban siempre de las fiestas y de las diversiones, de las que nosotras no teníamos ni la menor idea.

Aún así, yo no deseaba aquel divertimento. ¡Qué hubiera hecho en un baile! Además no sabía bailar, la idea de bailar con otro que no fuera *él*, me horrorizaba como una infidelidad. Y él no bailaba. Decían, que porque estaba demasiado gordo; pero yo estaba segura de que no bailaba porque yo no estaba allí. Y leo también en su pensamiento, que detrás del pesar momentáneo de no poder abrazarme en un giro de vals, había una gran admiración por la vida retirada que llevaba, por mi modestia.

Me acordé de lo que había dicho, aquella vez el maestro de piano a María: «Es un salvaje; teme a las señoritas elegantes».

«Teme» era un modo de decir cortés del maestro, por respeto a sus alumnos, que eran elegantísimos. Pero un joven rico y bello como Onorato no podía temer a nadie. Quería decir que no le gustaban. Que amaba a las chicas sencillas y modestas. Y nadie lo era más que yo.

Como sabía que a él le gustaba esto, olvidé todas mis quejas pasadas por los hábitos patriarcales de nuestro hogar, y me pareció que yo misma había elegido este género de vida, y lo amaba.

La que ocupó el lugar después del carnaval fue la octava de San Gaudenzio. A partir del veintidós de enero, que era precisamente la gran fiesta de San Gaudenzio, primer obispo de Novara, durante ocho días seguidos se producía la bendición con música, a la cual acudían incluso profesores de la orquesta de La Scala, de Milán.

Teníamos un banco en la primera fila, a la izquierda del altar mayor. Ante nosotros había un gran espacio vacío, donde se paraban los hombres de pie, para ver a los músicos en el órgano que estaba a la derecha del altar.

Todos los años íbamos asiduamente a la octava, hiciera el tiempo que hiciese.

La solemnidad nos importaba cero, la música poco, y el Santo menos que nada. Pero se veía un poco de gente, algunos jovencitos nos miraban; y en la monotonía de nuestra existencia era algo.

Normalmente era la tía la que nos acompañaba porque a la madrastra no le gustaba la música, y padre, por la noche, siempre estaba con ella. Además, la iglesia era el dominio de la tía.

Aquel año, un mes antes comencé a inquietarme, por temor a que los reumas le impidieran salir. Pero, incluso para ella, esos ocho días representaban el período más brillante del año; y tanto se cuidó, que para San Gaudenzio estaba relativamente bien.

Al final de la primera noche, a los pocos minutos de estar en la iglesia, escuché un arrastrar de pasos, alcé los ojos con el corazón acelerado, y vi desfilar lentamente a los «Mosqueteros», Portos delante, y los demás detrás. Él fue a apoyarse en el muro bajo el púlpito, frente a mí, a dos pasos, y los demás se alinearon en fila.

Me miró fijamente a los ojos, y mientras duró el servicio, se quedó mirándome, insistente, incansable. Todos los demás me miraban, como si todos estuvieran enamorados de mí. Incluso cuando sucedía que me los encontraba separados en la calle, me miraban y se volvían para volver a mirarme, como hacía él. Y sentí que había entrado como quinta en su amistad, y los amaba un poco a todos como hermanos, por amor a él.

La noche siguiente, y todas las demás, volvió a la misma hora, con los mismos amigos; se puso en el mismo lugar, me dirigió las mismas miradas intensas y largas.

Pero en la segunda noche sucedió un acontecimiento. En el momento de la bendición, cuando el sacerdote levanta la píxide con el sacramento, y los incensarios echan nubes de humo e incienso, y todos inclinan la cabeza devotamente, yo la levanté lentamente, y miré a Onorato.

Él había tenido el mismo pensamiento y me miraba.

En aquel silencio profundo y solemne, como aislados y solos sobre aquellas cabezas inclinadas, y aquel excitante perfume del incienso, en aquella luz misteriosa, en aquel ambiente de plegaria, nuestros ojos se unieron en una sola mirada audazmente amorosa, se confundieron, se abrazaron, se besaron largamente...

Cuando la voz desafinada del sacerdote, e inmediatamente después de las altas y festivas de los músicos, entonaron el *O salutaris hostia* [Oh Hostia Saudable], me estremecí asombrada, confusa, embriagada, como por un largo abrazo. Me parecía que estaba aún más estrechamente ligada a él; sentí que le pertenecía.

Mientras duró la octava, levantamos la cabeza en el momento de la bendición, y repetimos aquella especie de mudo y ardiente coloquio de amor, que me dejaba turbada como culpable, pero locamente feliz.

Durante toda mi vida, aquella pausa silenciosa de la bendición me recuerda la alegría de aquella hora, me conmueve, y me hace llorar. Mis familiares y amigos tienen una idea elevada de mi devoción.

Finalizada la octava, sentí una gran carencia, me parecía que había ocurrido una grave catástrofe, como un incendio, una inundación que me había quitado tesoros inestimables, y me había dejado en la miseria.

Pero invariablemente veía a Onorato en la misa del domingo. A menudo me lo encontraba en la calle. Si iba a casa de los Bonelli, las primas me hacían salir al balcón, y a veces lo veía pasar, y siempre me miraba del mismo modo.

Después, en la Cuaresma, un día yo, un día mi hermana, íbamos al sermón con la tía. Y él estaba siempre allí, al frente de la fila de bancos donde estaba el nuestro, en la capilla de San Agapito. Y, cuando era mi día, me miraba todo el tiempo del sermón. Y cuando era el día de Titina la miraba a ella, y ella me lo decía a la vuelta trayéndome aquellas miradas como una embajadora; y aquello también era una alegría.

Después de todo, no era una excepción. Había en Novara muchachas parecidas que tenían amores de esa manera, y eran tan felices y confiadas como yo, y así llevaban años, sin pedir nada más, y sin que sus enamorados hicieran más.

La hija de un farmacéutico frente a nosotros, esperaba al hijo de un notario desde hacía trece años, luego la había esposado. Es verdad que había muerto de una enfermedad nerviosa, poco después de un año de matrimonio; pero esto no podía sucederme a mí.

Aquellos amores de miradas se habían vuelto tan populares en Novara, que hablando de dos amantes de la clase civil, se dice «El Cuento *mira* al Cuento».

Sólo hablando de operarios y comerciantes, se dice: «El Cuento *habla* al Cuento».

Existe el uso en toda la zona de Novara, de enviar una sierra el día de media cuaresma. En el pueblo la llevan garabateada con tiza en la espalda, o enrollada y escondida ingeniosamente, de modo que quien la lleva no lo note. Y es una burla que encuentran muy divertida. Los señores mandan regalar sierras elegantes, y las utilizan como pretexto para ofrecer una baratija, un cuadro, un regalo.

Los galanes del carnaval recuerdan, por medio de la sierra, a las señoritas que conocieron en los bailes. Envían la sierra en una carta por correo, acompañada de protestas de amor en verso o en prosa, siempre anónimas sólo para los parientes. Las chicas adivinan inmediatamente el nombre del autor.

Las Bonelli recibían en aquella jornada fajos de cartas, con sierras de papel dentado o pintado, de seda bordada, de plata... Incluso habían recibido una preciosa sierra de oro, que siempre llevaban colgada del cordón del reloj.

Aquel año la mañana de la media Cuaresma, la sirvienta al regresar del mercado, trajo una carta que había encontrado en la portería, dirigida a mí «¡Denza Dellara!»

Sentí que la sangre me subía a las mejillas, caliente como una llamarada. Titina se puso pálida. Luego me dijo, que creía que se trataba de la solicitud formal de matrimonio. ¡Figúrate, dirigida a mí! Pero era su idea fija.

Estábamos las tres de pie, nosotras dos y la madrastra, en torno a la mesa de la cocina. La carta estaba allí, entre el paquete de la carne abierto, y un repollo húmedo goteando encima. La devoraba con los ojos, pero no osaba tocarla.

La madrastra, cuando hubo recibido la cuenta de la sirvienta, tomó tranquilamente el sobre, y yendo al cuarto a pillar sus anteojos, dijo:

—Será cualquier estupidez. ¡Hoy es el día de las sierras!

Sabía que era el día de las sierras. Sin osar expresarle ni siquiera a mi hermana esa gran esperanza, que podía ser vana, estuve pensando en ello durante meses y meses, e invocaba aquella carta.

La madrastra volvió con los anteojos en la nariz, y el folio abierto en la mano, la leyó junto a la ventana, y después encogiéndose de hombros dijo:

—¡Lo dicho, que debía ser una estupidez!

Y la tiró de nuevo sobre la mesa, con una sierra de papel turquesa ligera ligera, que fue a pegarse al trozo de carne mojada. Aquella carta le había parecido tan inofensiva, que me la dejaba.

Pedí con una sonrisa forzada, completamente nerviosa y temblorosa:

—¿Puedo leerla?

—¡Oh por supuesto lee! Puedes vanagloriarte de que tu correspondencia trae las últimas novedades.

Tomé el folio chorreante del agua de la col, y leí:

Un feliz día etérea
Brillaste ante mí,
Y, desde ese primer instante,
Ardí de inmenso amor.
De aquel amor que palpita
En el universo entero
Misterioso altivo
Cruz y delicia del corazón.

La madrastra me miraba, esperando que también me riera, y dijese que era una estupidez. Pero la conmoción me dejó sin aliento; traté de reír, y en su lugar rompí a llorar.

La madrastra tuvo una sospecha, y, con más dulzura que de costumbre, me dijo:

—¿Qué hay que llorar? ¿Sabes quién lo escribió tal vez?

Yo, ahogada en sollozos, sacudí enérgicamente la cabeza y los hombros. Ella continuó:

—¿No? ¡Lástima! Hubiera preferido que lo supieras. Si fuese un joven bueno, bien intencionado y adecuado para ti, se podría hablar, y ver cómo concertar un matrimonio. Sería cuestión de romper el hielo...

Me derrumbé del todo de nuevo, negativamente. La idea de que Onorato fuese agredido por alguien que le intimidara para esposarme, como si se tratara de pagar un impuesto, me sonrojó y me asustó. Me pareció que debía creerme cómplice de una conspiración para forzar su voluntad, se ofendería y escaparía de mí.

Quería que viniese a mí espontáneamente, cuando sus circunstancias se lo permitieran, y deseaba darle una gran y absoluta prueba de confianza, sin siquiera preguntarle cuáles eran sus intenciones. ¿Podía dudarlo?

La madrastra continuó:

—Si no sabes quién te escribe estas tonterías, no comprendo porqué lloras...

Titina, con una astucia y una prontitud que me asombró, respondió:

—Se mortifica, porque comprende que es una burla.

Dije que sí, y aproveché esta justificación para releer el folio, y derramé todas las lágrimas de mis ojos en un acceso de ternura nerviosa.

La madrastra me dio una palmadita acariciante, y dijo:

—¿Y lloras por una burla? ¿Grande y fuerte como eres y tontorrona hasta ese punto? ¡Deja que digan! Yo cuando tenía tu edad, en una fiesta, renovando un hermoso vestido color rosa, con un *canesú* de tul blanco, y una capotita de seda, me encontré con una brigada de jovencitos que me miraron, entonces el cabecilla gritó: «Todo es bello menos el rostro». Pero no me puse a llorar por esto. Me reí también yo, y lo hice de buena gana. Y además, ¡quién sabe si de verdad alguno se ha enamorado de ti! ¿Y un día u otro se presentará para pedirte como mujer? Sería un poco simple, ¿pero qué importa? Si tan solo se esposaran las águilas... Anda anda, deja de llorar, y ve a refrescarte el rostro.

No me parecía verdad poder correr a mi cuarto, a releer atentamente aquellas viejas palabras, que conocía y cantaba desde hacía mucho tiempo, y besarlas, y releerlas de nuevo.

Durante toda la primavera y una parte del verano no hubo otros acontecimientos.

Hacia la mitad de junio, una tarde en que nos moríamos de calor, al pasar por el café Cavour, vi a Onorato, con tres amigos, sentado en una mesa, en medio de una gran multitud de elegantes señores, y de camareros que corrían cargando bandejas con los brazos en alto, y gritando: «¡Listo! ¡Voy!»

Nunca nos habíamos sentado en aquel café de lujo. Las pocas veces que se tomaba un helado, íbamos a un café modesto y menos frecuentado y se entraba por una pequeña puerta trasera, en una sala desierta. Y allí pedíamos tres helados y dos platillos de más; después hacíamos la partición. Padre y la madrastra daban cada uno una parte de su helado, en un platito, al niño. Titina dividía el suyo conmigo. Por lo general el camarero llevaba solo tres cucharitas, y padre tenía que reclamar y se impacientaba, por tener las otras dos. Creo que el camarero se burlaba de nosotros.

Aquella tarde, quizás porque el calor le hizo perder la cabeza, la madrastra propuso que nos detuviéramos en el café Cavour. Me sonrojé al pensar en tener que hacer todo ese malabarismo con los platillos, delante de tanta gente y de *él*; pero no podía oponerme.

Entonces dije que me dolía la cabeza, y que no podía tomar helado; así que sólo Titina compartió el suyo con el niño, y no hubo otras complicaciones.

Me pareció que las miradas de Onorato aquella tarde tenían algo de insólito, como una expresión de arrepentimiento, de melancolía. Dos veces inclinó levemente la cabeza como a modo de saludo. Cuando nos levantamos, se levantó también él, y, naturalmente, también los «Mosqueteros»; y durante todo el camino escuché sus voces detrás de nosotros.

Y mientras padre abría el portón, pasaron delante de nosotros, y después de algunos pasos, Mazzucchetti se dio la vuelta, y me saludó; *positivamente me saludó*.

La impresión que tuve de aquel encuentro no fue toda de alegría. Estaba turbada. Sentí que había querido anunciarme alguna cosa; alguna cosa triste. ¿Pero qué cosa? Titina no quería ayudarme a adivinar y dijo:

—¡Estas loca! Siempre con la misma historia. Te ha mirado como siempre. ¡Sería mejor que te esposase!

Durante algunos días no lo vi. El domingo no compareció en misa, ¡por primera vez desde hacía casi un año! Y en la tarde de aquel mismo domingo, me encontré a dos Mosqueteros sin compañía. De Rossi y Rigamonti... Faltaban Portos y D'Artagnan.

¡Era demasiado! comencé a entristecerme, y a aventurar ideas negras, y aunque Titina afirmase que debía haberse ido «a aquellas aguas que adelgazan, de donde volvía siempre más grueso» no podía darme paz.

Recurrí al refugio habitual de las Bonelli. Precisamente tenían que salir temprano al campo; dije a la madrastra que en dos días partían, aunque yo sabía que era en diez, y la induje a que nos acompañara a saludarlas.

Desgraciadamente el despacho del señor Bonelli estaba cerrado, y la madrastra tuvo que subir con nosotras. Pero esta vez María pensó en mí, y al estrecharme la mano susurró:

—Ha ido a París a la Exposición.

Luego se volvió hacia la madrastra y habló de otra cosa dejándome totalmente pálida y fría, con aquel dolor en el corazón.

¡En París! ¿Pero entonces era posible que realmente se hubiese ido a París? ¿Y si no volviese? —Me quedé de repente muda, paralizada. Luego poco a poco me recuperé con los oídos zumbándome como después de un desvanecimiento; y en medio de aquel murmullo, que era la conversación general, de la cual no entendí una palabra, exclamé con el coraje de la desesperación:

—¿No está allí la Exposición en París, verdad?

La madrastra respondió:

—¡Vaya novedad! Llevamos un año hablando de ello...

Y retomó el discurso que había interrumpido «que no teníamos vacaciones, porque las vacaciones son un lastre, y ella, cuando compró unos terrenos, pretendía darle al dinero un buen uso para su heredero...»

La interrumpí de nuevo para preguntarle ansiosamente:

—¿Y va mucha gente allí?

—¿De vacaciones?

—No, a París.

—¡Bueno! ¡qué fijación con París! ¿Tienes la esperanza de que te lleve allí?

—No… Pregunto solo… por saber.

Giuseppina dijo:

—De aquí han ido los Carotti, el Marqués Fossati, los Preatonis, y además una compañía de jovencitos...

Me lanzó una mirada para advertirme que hablaba de él, pero, con prudencia, no dijo el nombre, ni ningún nombre que lo recordase; y continuó:

—... Que se quedarán un mes en París, luego pasarán un mes en Londres, luego visitarán una parte de Inglaterra, Bélgica y Holanda...

Exclamé desalentada:

—¡Pero estarán de gira una eternidad!

—Un poco largo, sí. Es un viaje de instrucción. Pero tienen que volver para Todos los Santos.

A medida que se avecinaba la fiesta de Todos los Santos, mi espíritu se serenó. Ya no pensaba en la distancia; pensaba en la alegría del retorno, de encontrarlo por la calle de volverlo a ver en la iglesia.

La vigilia de Todos los Santos fuimos a donde las Bonelli. Pero aquel año habían dejado de tomar lecciones de piano, veían muy pocas veces al maestro, y ya no podían decirnos nada de Mazzucchetti.

Giuseppina dijo:

—Cierto es que tenían que volver hoy. Sé que Crosio vuelve esta noche y creo que también Mazzucchetti.

Más tarde Titina observó que Giuseppina siempre estaba informada de cuanto hacía Crosio, y, que *algo debía haber*. Pero a mí no me importaba nada de nadie, mi amor me absorbía totalmente.

En la mañana de Todos los Santos, mientras me vestía para la misa, le dije a mi hermana:

—No sé cómo haré para no desvanecerme, cuando lo vea entrar en la iglesia.

Y ella me respondió:

—No creas. Es probable que hoy no venga. Apenas acaba de llegar para pasar el Día de Todos los Santos en familia; no podrá, desde el primer día, dejar a su madre.

Durante la misa no hice más que darme la vuelta cada vez que oía cerrarse la puerta. Escandalicé a los devotos, me hice regañar por la tía, pero a Onorato no lo vi.

El día de los muertos me desperté con la impresión de que había ocurrido una desgracia; e inmediatamente me acordé de *mi* desgracia, y comencé a gemir con Titina, aun antes de levantarme.

En la tarde, mientras Titina, que hacía la semana de cocina, estaba preparando la menestra de frijoles, que se come en toda la provincia el día de muertos, yo, que sentía mi corazón hinchado de amargura y los ojos hinchados de lágrimas, eché mi trabajo en la cesta, y me puse contra la ventana, viendo la lluvia que caía apresurada y menuda, y gimoteando en silencio.

De pronto vi al señor Bonelli entrar por el portón, atravesar el patio dando un vistazo alegre a nuestras ventanas, y desaparecer en el despacho de padre.

El corazón me dio un gran salto. Tuve el presentimiento de que aquella visita insólita era por mí. Sin osar cerrar mi pensamiento a la esperanza, que despuntaba tímidamente en mi alma, corrí junto a Titina y le susurré cuanto había visto.

Ella, sin inmutarse, continuó cortando en cuadrados uniformes la corteza de cerdo para cocerla con los *frijoles de los muertos*, dijo:

—Se ve que Mazzucchetti ha vuelto, y lo envía para hacer la petición de matrimonio.

Le arrojé los brazos al cuello, escondí el rostro en su hombro, y me puse a sollozar nerviosamente.

Ella se encogió de hombros sin dureza, pero un poco confundida, y apresurándose a cortar las cortezas y mirándolas con fijeza me dijo rápidamente:

—¿Estás loca? Levántate, y ve a la habitación. Escucha, viene el niño. ¡Ay de ti si va y le dice a su mamá que haces estas escenas!

Después, dando un gran suspiro, con una mirada desolada a la tabla de cortar, añadió:

—¡No veo la hora de que te esposes! No se puede seguir así.

Fui a la habitación agitadísima. Abajo en el estudio se trataba la gran cuestión de mi porvenir.

Escuché a Titina en la cocina discurriendo con la madrastra, que había ido a ayudarla, y riéndose con el niño que preguntaba «¿por qué los muertos comen frijoles?»

La voz de padre, que debió de aparecer en el umbral de la cocina, llamó a la madrastra.

—¡Mariana! ¡Ven a la habitación un momento!

Apenas escuché que la puerta se cerraba tras ella, me deslicé a la cocina y pregunté a mi hermana:

—Titina, ¿qué cara tenía padre? ¿Te pareció contento?

—Sí; se frotaba las manos.

Entretanto, desde su cuarto, la madrastra llamó fuerte dos veces: ¡Titina! ¡Titina!

Mi hermana respondió: «¡Voy!» Y, mientras desataba las cintas de su delantal de cocina, me susurró:

—Quieren preguntarme si no me disgusta mucho dejarme pasar por la hermana menor. ¡Tu destino está en mis manos!

Y salió riendo.

Pasaron mucho tiempo conferenciando. Yo estaba en ascuas. Tenía tanta necesidad de desahogo, que entré en el biombo, y le conté a la tía que tal vez Bonelli había venido a hacerme la petición de matrimonio, para un joven muy rico, y muy bueno, hijo único...

La tía se alegró mucho, y me recomendó que la llevara al campo conmigo, al menos un mes al año, porque «*no lo parecía*, pero se hacía largo el año detrás de aquel biombo».

Resonó un paso fuerte en la cocina, y padre dijo:

—¡Denza! ¿Dónde estás?

Salí del biombo, sonriendo a la tía, que asentía con la cabeza, y seguí a padre, que entraba en su habitación, dejando la puerta abierta para mí.

Encontré a la madrastra sentada junto al fuego, con Titina de pie frente a ella, con los ojos bajos, y la cara roja como si hubiese estado llorando. Padre se sentó al otro lado de la chimenea, y yo me paré de pie junto a mi hermana. Padre dijo:

—Mi querida Denza. Tu hermana nos asegura que eres muy melancólica, y que no podrías vivir sin su compañía, o, al menos, que serías infeliz. ¿Es verdad esto?

No entendí nada. ¿Cómo podía imaginar mi hermana que, viviendo con Onorato, su esposa, yo iba a sentir tanto su falta? Sí, la quería mucho pero no veía la hora de irme; y, si de algo me arrepentía, era de no añorarla lo suficiente.

De todos modos no quería renunciar a mi felicidad por secundar la ternura de mi hermana. Me demandaba un sacrificio demasiado grande. Respondí:

—Todo depende de la compañía con la que deba vivir, dejándola...

La madrastra me interrumpió un poco resentida:

-¡Oh, en cuanto a esto, a la compañía de tu padre, y de la que ocupa el lugar de tu madre, podrías ser más agradecida, me parece!

La miré estupefacta. ¿Debía vivir con ellos incluso después de casada? Y entonces, ¿por qué no habría de estar Titina? Fue esta la pregunta que me vino a los labios:

—¿Pero Titina adónde iría?

—¡Qué bueno! Con su marido.

Titina dejó escapar un gran sollozo, y volvió a ponerse a llorar, tapándose el rostro con las manos. Yo exclamé totalmente jubilosa:

—¡Oh! ¿se casa también ella?

La madrastra me miró sorprendida, luego dijo, hablando a padre.

—*¡También ella!* Verás, esta señorita ha creído ser ella la esposa. Después de todo tienes algo de culpa, porque no dices nunca las cosas con precisión.

Luego se volvió de nuevo hacia mí, y prosiguió:

—De esto se trata. Hemos recibido una petición de matrimonio para tu hermana; pero ella duda en aceptar para no separarse de ti, que eres tan melancólica, dice... ¿Quién sabe por qué? Me parece que aquí nadie te da disgustos...

Continuó una larga charla, pero yo ya no escuchaba. Las primeras palabras me habían dado tal golpe, que me quedé totalmente fría y temblorosa y no respondí nada.

Padre me dijo severamente:

—Pero Denza, ¿no encuentras una palabra que decir a Titina, que quisiera sacrificarse por ti?

Tartamudeé:

—No quiero que se sacrifique. ¡Que se case pues! En cuanto a mi melancolía nadie puede hacer nada... ¡Moriré de eso! ¡Ciertamente moriré!

Y huí sollozando, mientras la madrastra le decía a padre:

—Esta muchacha debe tratarse... Está nerviosa...

El pretendiente de mi hermana era Antonio Ambrosoli, el hijo del farmaceútico de Borgomanero, el mismo que estaba prometido desde hacía tres años con nuestra prima de allá abajo.

En el momento de concluir el matrimonio, la esposa no había querido adaptarse a vivir con los genitores de él; él, por consideraciones de interés, no había podido separarse de ella, y las nupcias tan largamente esperadas, se habían ido al traste.

Esta revelación supuso una gran consternación en mi alma. Es verdad que, antes de renunciar a Onorato, yo me hubiera resignado a hacer vida en común con el padre, con la madre de él, con toda la parentela paterna y materna, ascendientes y colaterales, hasta los primos más remotos. ¿Pero y si, por cualquier otro motivo, sus genitores se opusieran a nuestro matrimonio? ¿Y si él, como Antonio, hubiese renunciado?

La madrastra, a la que no le gustaban las cosas largas, declaró que las nupcias de mi hermana se llevarían a cabo en un mes. Y aquel tiempo fue ocupado en los preparativos, así que estuve muy distraída de mi eterna cuita amorosa.

El gran día se nos echó encima y aún no habíamos terminado de coser el ajuar. La noche precedente ni nos acostamos, y por la mañana al alba ya estábamos todas de gala.

Yo, que a fuerza de crecer había terminado por tener que alargar las faldas quisiera o no quisiera, tenía para aquella circunstancia un traje nuevo de lana verde-botella, que tocaba el suelo, un sombrero de fieltro verde, y una capita igual al vestido. Y mi hermana, apiadada de mis manos rojas, había sugerido al esposo que me regalara un falso manguito de armiño...

¡Ah! ¡cómo anhelaba que Onorato me viera vestida de aquel modo! ¡También tenía los cabellos divididos en la frente!

Pero nadie me vio porque la ceremonia se hizo a las seis y media de la mañana, sin pompa y sin invitados, y saliendo de la iglesia se fue directamente a la estación para acompañar a los esposos que partían para Borgomanero.

Una vez partidos, la casa volvió a sumirse en su habitual tristeza.

Pero se acercaba la Navidad, y me consolaba pensando que Onorato volvería para celebrar las fiestas en familia. Me repetía un proverbio, que aludía a no sé qué vieja leyenda, y que la tía repetía, cada vez que se hablaba de Navidad y de gente lejana: «¡En Navidad se restituyen hasta los bandidos!»

Aunque habitualmente no fuese devota, aquel año salía todas las mañanas a las siete con la tía que hacía la novena de Navidad en San Marco. Me parecía que aquella hora matutina, aquellas calles desiertas y oscuras, y el hielo de la noche que crujía bajo los pies, aumentaban el mérito de la devoción.

Me arrodillaba con destreza en la iglesia a oscuras, y mirando con ojos suplicantes la luz lejana de las velas del altar, susurré con fervor: «¡Oh Jesús, haz que vuelva! ¡Oh Jesús, haz que vuelva!».

Y gemía al cantar en voz alta las letanías y el *tantum ergo*; pero, para mí, aquel canto fúnebre y aquellas palabras latinas que no entendía, ¡repetían todas la misma invocación! «¡Oh Jesús, haz que vuelva!»

El 22 de diciembre, vinieron los Bonelli a anunciar que Giuseppina se esposaba. El padre dio oficialmente la noticia; y la hija se sonrojó un poco, no demasiado; estrechó enérgicamente nuestras manos en respuesta a las felicitaciones, y dijo sin confundirse:

—Es el capitán de los Guías. Su padre era coronel; el famoso coronel Crosio que murió en Solferino. Carlo Alberto lo estimaba mucho, lo trataba como a un amigo. La madre es de la antigua nobleza piamontesa; vive cerca de Racconigi. Su pequeño parque limita con el parque real; y Carlo Alberto, cuando estaba allí de caza, entraba a veces en la modesta villa de su coronel…

Decía todo esto, como si discurriese de un hombre nuevo, al que hubiese conocido desde que la había pedido que fuera su mujer, y del cual no sabía otra cosa que esas generalidades.

De sus sentimientos, de cómo se habían amado y prometido, —y debía ser hace mucho tiempo porque Titina siempre había notado que en la casa de los Bonelli se conocía todo cuanto hacía con Crosio—, no dejó escapar ni una palabra.

Estas chicas hacían todo con compostura, sin escenas, como la gente de bien; con el amor también.

Estaba tan mortificada por aquella dignidad reservada, que no me atreví a preguntar por Onorato.

¡Qué aburridos me parecían aquel año los preparativos navideños, que en nuestra casa comenzaban ocho días antes de la fiesta!

Solíamos reírnos mucho con mi hermana, cuando nos poníamos de pie sobre los fogones, sobre las mesas, sobre el aparador, y hasta en lo alto de la chimenea para coronar con laurel las cazuelas colgadas en la pared, «como se coronaban los poetas en el Capitolio», decía padre.

Y nosotras, en la cocina, nos decíamos la una a la otra: «Descuélgame ese poeta más grande, o más pequeño».

Al hacer el pesebre para el niño habíamos descubierto que uno de los Reyes Magos, el del incienso, se parecía a Onorato, y llamábamos a los Magos «Los tres Mosqueteros».

Aquel año sin embargo estaba sola y triste. Al colocar en su puesto a los «mosqueteros» al fondo del pesebre, me acordé de que Titina, la Navidad precedente, había dicho: «estos dichosos Mosqueteros están siempre en el umbral con su ofrenda, pero nunca entran».

Había pasado otro año, y mi mosquetero estaba siempre a las puertas... En el caso de que estuviera allí, porque, a estas alturas, ¿qué sabía yo?

En enero se celebraron con gran pompa las nupcias de Giuseppina; pero yo tuve que contentarme con ir con la madrastra a la iglesia entre la multitud, y ver a la esposa vestida de blanco, y al esposo con uniforme completo, y a la suegra majestuosa como una reina, y a todas las señoras con sus largas colas que mantenían a la gente a distancia, y los hombres con traje negro, entre los cuales también estaba padre, con un gran pergamino en la mano. Era un epitálamo que debía leer en el convite y que el señor Bonelli había hecho estampar a sus expensas. Realmente padre lo había escogido del viejo fajo de poesías juveniles, que guardaba en el armario de su habitación entre los recuerdos de familia. Pero había trabajado duro para adaptarlo a las circunstancias, y se quejaba de que «la inspiración ya no le sonreía como antaño». Habló del Himeneo, luego de la Virgen y de san José patrón de la esposa [Giuseppina=Josefina], porque padre «conocía el lenguaje poético, pero no olvidaba que era cristiano».

En primavera supe que Onorato estaba en Soleure y que planeaba quedarse allí todo el año para refrescarse en la lengua alemana.

Aquellos dos matrimonios, uno tras otro, habían hecho parecer más fácil también el mío. Y de repente, la idea de un año entero de lejanía, con una expectativa indefinida, me hirió como un desengaño.

Y sin embargo me resigné, y tiré hacia adelante otros doce meses, y siempre con el mismo pensamiento.

Acontecieron muchas novedades en aquel tiempo, placenteras y dolorosas. Mi hermana tuvo un niño. El marido de Giuseppina fue destinado a la guarnición de Palermo, y ella lo siguió a través del mar. El niño de la madrastra dejó atrás los faldones, se le puso pantalón y fue a la escuela. Y la pobre tía cogió un reuma más grave que los otros, se quedó en cama un mes entero, y acabó por irse tan tranquilamente como había vivido, al otro mundo en que creía.

Padre había encendido muchas velas a la Virgen durante la enfermedad; pero esta vez, su remedio no había ayudado. Y la cocina nos parecía más grande y más triste ahora, sin aquel biombo.

Después, en los primeros días de nuestro luto también se esposó María, y, después de un breve viaje de novios, regresó con su esposo a la casa de su padre, para no abandonarlo en la vejez.

De cuatro, yo, la belleza, quedé la última.

Finalmente una tarde de mayo, mientras caminábamos por la «alea», vi a Onorato, con los dos mosqueteros que le quedaban.

Al pasar por mi lado, me miró, precisamente como si me hubiera visto el día anterior. Tuve un acceso de alegría loca, y pensé:

«¡Aquí estás! ¡Ha llegado mi turno!»

Y esperé día a día la petición de matrimonio.

Pero la petición no llegó. Volvía a mirarme cuando me encontraba, a situarse en la iglesia a la cabecera del banco, con los ojos fijos en mí; los ojos que siempre reconfirmaron el pacto tácito acordado entre nosotros, y reforzando mi fe, y acrecentando mi impaciencia, aunque me daban la energía para esperar.

Y en efecto esperé otros cinco o seis meses, feliz con su regreso, tranquila por haber asegurado mi porvenir.

Un día María, que después de su matrimonio no me había vuelto a hablar de Onorato, y rara vez se dejaba ver en nuestra casa, vino a recogerme para conducirme a almorzar a su casa.

Aquel hecho extraño me hizo suponer que tenía alguna buena noticia que comunicarme; pensé en la petición de matrimonio y salí con el corazón palpitante.

De hecho, mientras esperábamos que el señor Bonelli y el marido de María regresaran para almorzar, ella me dijo:

—¡Y tú, belleza! ¿no piensas en casarte? Ya es hora, lo sabes. Eres seis meses mayor que yo.

Comencé a responder:

—En cuanto me haga la petición...

Ella me interrumpió con una risilla poco natural, y exclamó:

—¡Ah! ¡la petición de Mazzucchetti! ¡Es tu buque fantasma, esa petición!

—¿Mi *buque fantasma?*...

—Sí; no sabes. Es una ópera [El holandés errante]. Quiere decir una meta a la cual se tiende siempre y nunca se alcanza. Una ilusión.

—¿Crees que es una ilusión?

—Veo que pasan los años y no consigues nada... Yo, en tu caso, renunciaría.

Me encogí de hombros molesta, y ella continuó:

—Ese gordo te aleja los partidos.

Protesté:

—¿Pero qué partidos? Si no hay nadie más que se preocupe por mí…

—¡Atrévete! Todo el mundo sabe que estás enamorada de ese sujeto. Mi marido lo ha oído decir en un café.

—¡En un café!

—Claro que sí, querida mía. Vives fuera del mundo, y no sabes que aquel apuesto caballero te compromete con sus miradas eternas, que no conducen a nada.

Estaba un poco ofendida, sin saber muy bien por qué.

Aquel discurso me pareció brutal, y fuera de propósito. ¿Por qué me lo estaba haciendo ahora, y no algunos años antes? No respondí nada, pero mi silencio debió demostrarle que estaba resentida, porque vino a mi lado, me tomó de las manos y dijo:

—No montes en cólera, te digo estas cosas por tu bien porque te quiero. Si pudiéramos ayudarte, tanto yo como mi marido... piénsalo. ¿Podemos hacer algo por ti? Pronto nos vamos al campo. ¿Quieres venirte con nosotros y estar fuera todo el otoño, y tratar de olvidarlo?... ¿Quieres?

Estuve un largo rato pensando. Me parecía apreciar en aquellas palabras un sobreentendido que no alcanzaba a comprender. Finalmente dije:

—¿Por qué olvidarlo? ¡Después de haber esperado tanto!...

Me miraba con un aire de compasión que me enojaba, y no habló más. Volví a decir:

—¡Olvidarlo! Tendría que saber que nunca se casará conmigo, para querer olvidarlo.

María inclinó la cabeza como si estuviese equivocada y se avergonzase por ello, y sin mirarme susurró:

—Haz como si lo supieras.

Le di un fuerte apretón en sus manos que siempre sostenían las mías, y apartándolas, y levantándome para mirarla a la cara, totalmente excitada le grité:

—¿Por qué? ¿Qué motivo tienes para decir esto? ¿Por qué no va a esposarme nunca? ¿Tengo algún defecto? Di...

Sacudió la cabeza, y todavía con los ojos bajos respondió:

—¡Tú no, pobre Denza!

—Entonces, ¿sospechas de él? ¿Di el qué? Te escucho. ¿Tiene otra mujer?

Esta vez levantó los ojos, me miró dolorida, y juntando las manos como para pedirme perdón, dijo lentamente:

—Se casa con la Borani.

Lo repetí como un eco:

—¡Se casa con la Borani!

Y sentí que me estaba enfriando, y temblaba, temblaba, y no podía decir más.

Me parecía que todos los vínculos que tenía con la vida se rompían de pronto, y que, después de aquella gran ruina, debía morir; estaba acabada.

María me miraba desconcertada. Me había dejado caer en el diván; se arrodilló a mi lado, en silencio.

Los sollozos comenzaban a hincharme el pecho y a estrecharme la garganta. Resistí un minuto, luego me abandoné en sus brazos, llorando desesperadamente, y exclamando que quería morirme, que quería hacerme monja, que no quería quedarme en Novara ni un solo día más, y que no quería salir de casa, y que todos al verme se reirían de mí, y que me moriría de vergüenza.

María me dejó desahogarme pacientemente, sin contradecirme, sin intentar consolarme, hasta que la convulsión del llanto cesó.

Sólo entonces, con mucha delicadeza, me dijo: «que siempre había dado demasiada importancia a esas miradas, que, en definitiva, había sido muy astuto, no se había comprometido de ningún modo; que ciertamente le gustaba, porque era bella, y si hubiera tenido la dote de la Borani hubiera preferido esposarme; pero era un hombre interesado; no tenía el coraje de renunciar a la dote. Y no merecía que lo añorase; y sobre todo no debía darle ese triunfo de haberme convertido en víctima, de haberme trastornado. Debía mostrarme indiferente. Comprendía que era difícil y doloroso, pero ese debía ser mi heroísmo. Debía tenerlo por mi dignidad; comenzando de inmediato a recomponerme para que no lo percibieran su padre y su marido, y más tarde mi familia...» Esta consideración me sacudió más que todas las otras. De hecho no podía decir en mi casa:

—Lloro, me desespero, hago escenas porque mi enamorado me planta.

Me lavé la cara con agua fresca, y, bien o mal, asistí a aquel almuerzo, donde los dos hombres tuvieron la cortesía de fingir no saber nada y no ver en qué estado de alteración me presentaba. Por la noche, cuando la madrastra viéndome completamente pálida y con los ojos hinchados, me miró consternada, susurré:

—Se habló de la tía.

Y me fui a mi cuarto a desvestirme.

Por la mañana fueron las inevitables ocupaciones de la casa las que me ayudaron a combatir, si no mi dolor, ¡al menos las manifestaciones del dolor!

Hablaba poquísimo, estaba triste, a menudo tenía el llanto en la garganta, pero lo retenía, y fingía que no tenía otra preocupación que la de llevar todavía el luto.

Así superé el período más agudo y difícil de la catástrofe. Más tarde fui con María al campo y allí me quedé hasta después de aquella boda de gente rica de la cual en Novara se hablaba demasiado, para que pudiese permanecer allí sin mucho sufrimiento y mortificación. Cuando regresé retomé mi vida habitual, y poco a poco también me acostumbré a la dolorosa idea de no ser amada. Cuando sucedía que me encontraba con Onorato, me miraba tal cual como antes. Era un hábito. Si no hubiese tenido mujer, podría haber tenido esperanzas de que me amase siempre, y esperar quién sabe hasta cuando. María me decía:

—Es mejor que se haya esposado, de lo contrario te habría hecho envejecer solterona como tu tía, para vivir y morir detrás de un biombo.

Me estremecí ante aquella idea, pero tuve que convenir que de hecho era mejor. Y ella, encorajinada, continuaba con su picardía de muchacha, que algunas veces volvía a asomar:

—Si lo sabe tu padre, enciende una vela a la Virgen por la *Gracia recibida*.

Después de aquel gran acontecimiento hubo un largo período, bastante largo, durante el cual no sucedió absolutamente nada. Un período lúgubre y grave totalmente lleno de quehaceres domésticos, de discursos insípidos, de hábitos que se repetían a tiempo fijo:

solemnidades, celebraciones familiares, exámenes y premios en la escuela de mi hermanito, pequeñas enfermedades de la madrastra, intercambio de visitas con mi hermana. Nada que me hubiera causado una sacudida o dejado una impresión profunda, hasta el carnaval de 1875.

Aquel año Giuseppina, que había tenido un parto inmaduro, que se había convertido en una enfermedad, vino a pasar el invierno a Novara, y su hermana para divertirla daba una velada musical para entretenerla, advirtiendo que durante la tarde se darían cuatro saltos.

Era la primera vez que me ofrecían la ocasión de ir a una velada; y me daba mucho que pensar la vestimenta. Habíamos recibido la invitación por la tarde, para pasado mañana.

Y por la noche en la cena dije:

—Podría ponerme el vestido blanco de este verano...

Padre solo observó que podría resfriarme. Pero la madrastra hizo objeciones:

—¿Cómo es eso? ¿Todo blanco? Parece demasiado juvenil para una muchacha de tu edad.

Creo que en aquel momento la circulación de mi sangre triplicó su rapidez, porque sentí una ráfaga de calor subiendo del corazón a la cabeza, y el corazón me batía con una violencia que me estremeció por completo, pero mientras que sufrí aquella impresión instantáneamente, el pensamiento no estuvo igualmente preparado para reflexionar sobre qué edad tenía o si me convenía o no aquel vestido, y exclamé:

—¡A mi edad! ¿Soy una vieja para no poderme vestir de blanco?

Y la madrastra, despiadadamente sincera, dijo:

—No eres una vieja, no; pero eres una joven madura...

¡Ah, qué golpe fue ese! Ni siquiera el abandono de Onorato me había desolado de aquel modo. ¡Una joven madura! Y era verdad. ¡Tenía veinticinco años pasados! Nunca me había detenido en aquel pensamiento. Esa edad había dejado que me sobreviniera, así, poco a poco, llevando siempre la misma vida que hacía a los quince años, siendo siempre sumisa al padre y a la madrastra...

De hecho aquel niño que había llevado al cuello, se había convertido en un hombrecito de diez años, e iba al liceo.

Aquella noche, sentada en la cama, con las piernas colgando, lívida por el frío, permanecí mucho tiempo absorta en aquellas reflexiones profundamente tristes. Veinticinco años pasados, ¡casi veintiséis! ¡Dentro de cuatro años tendré treinta! Recordé cuánto me había reído con mis primas y mi hermana de una cierta señorita de veintiocho años, que se daba aires de jovencita, y no osaba salir de casa sola. Una vez que había dicho «cuando esté casada» dedicamos mucho tiempo a burlarnos de ella. Y otra vez que se le escapó decir, hablando con nosotras: «Entre nosotras muchachas» ¡oh! ¡qué escenas hicimos! Nos pareció el colmo del ridículo.

Y ahora yo estaba en el mismo caso. ¡Una solterona! Ya no podía hablar de esperanzas futuras, de nupcias; se habrían burlado a mis espaldas. Las otras muchachas me encontraban vieja. ¡Y era cierto! Mis coetáneas, María más joven que yo, estaban casadas, tenían hijos que iban a la escuela; eran mujeres. Había desperdiciado mi vida. Me vi surgir ominosamente delante del biombo de la pobre tía, y me caían las lágrimas silenciosas y desconsoladas, caían por mis mejillas sobre mi camisa, y no me di cuenta de que mis piernas se estaban helando, que estaba congelada por completo. ¡Una solterona!

Por la mañana estaba gravemente resfriada, y cogí esa excusa, y otra de que no sabía bailar, para no ir a la velada de María.

Comparecer por primera vez en sociedad como una joven madura, demasiado vieja para vestirme de blanco, era demasiado humillante y doloroso.

Los seis meses que transcurrieron entre aquel día memorablemente triste, y el agosto siguiente, fueron los más escuálidos de mi vida.

En agosto de ese mismo año, una noche en que me había acostado pronto, me desperté sobre las once con mucha sed, y entré a la cocina sin luz y con los pies descalzos, para beber un poco de agua.

Hacía un calor sofocante, todas las puertas estaban abiertas, y se oía a padre y la madrastra discurriendo en su habitación. Padre decía:

—Ni siquiera me atrevo a proponérselo. Una muchacha joven y bella...

La madrastra respondió:

—Seguro es bella y está en la flor de la edad. Pero, para un marido joven, es un poco madura.

—¡Qué dices! ¿Cuántos tiene? veintidós, veintitrés años...

Pobre padre, para él no era una solterona. Me creía todavía la jovencita que hacía correr por los caminos reales, narrando la *Ilíada*.

La madrina rectificó.

—Tiene veintiséis años. Es joven, repito. Pero hay tantas muchachas, de dieciocho o veinte tan bellas como ella y ricas; y, naturalmente, ella, que no tiene dote, y años de más, si quiere casarse no debe ser demasiado exigente. Además es el primero que la pide...

Corrí a la cama de puntillas con el corazón que me batía fuerte fuerte. De hecho era la primera vez que me sucedía. ¿Quién era? Quienquiera que fuese, me hacía mucho bien.

Estaba dispuesta a aceptarlo; el mero hecho de haberme pedido, era un título a su favor. ¡Él no me encontraba demasiado madura!

¡Mientras padre no se obstinase en ser más exigente que yo! ¿Por qué no osaba proponérmelo? ¿Quizás era un viejo? ¡Oh Dios! ¡Cuántas suposiciones, cuántas novelas fabriqué en aquella noche!

Fue la madrastra quien al día siguiente, al terminar el almuerzo, me dijo:

—Mira, Denza. Hay un partido para ti; pero no es brillante.

Padre estaba presente, pero leía un periódico para demostrar que quería permanecer ajeno a aquella propuesta. Pregunté muy agitada:

—¿Quién es?

—Un notario de Vercelli, que viene a establecerse en Novara.

Hasta ahí no había nada de malo; pero algo tenía que haber. Pregunté entonces:

—¿Viejo?

—No... Cuarenta años. —Estuve a punto de decir que me parecía viejo. Pero me acordé de que era madura, y dije en cambio, buscando aún el mal que no estaba en la edad:

—¿Es muy pobre?

—Todo lo contrario, es adinerado. Y viniendo aquí entrará como socio en la oficina del notario Ronchetti.

¿Qué cosa podía tener en su contra? La figura sin duda. Pregunté con mucho temor.

—¿Entonces es un monstruo?

—Un monstruo no... Pero tiene un defecto…

Estaba sin aliento. No me atrevía a preguntar. La madrastra dejó que me hiciera a la idea de un defecto, tal vez de una deformidad, para que el golpe fuera menos grave, luego continuó:

—Tiene una verruga; ya sabes, un antojo, un poco grande, aquí en la sien derecha.

Quedé impresionada. No lograba figurarme qué grosor podía alcanzar un antojo. Había visto una vez, en Borgomanero, a un campesino con una excrecencia en la nariz, de gruesa el doble de la nariz misma; un horror. Pero no podía ser así. Aquello no era un antojo, debía ser alguna enfermedad aterradora... Finalmente me armé de valor y pregunté:

—¿Es muy grande?

—¡No... qué va! Como una nuez. Llevando el pelo aplastado sobre la sien, ni siquiera se vería...

La idea de ese pelo, alisado, pegado a esa monstruosidad que debía esconder, me desagradaba más que el antojo. Me pareció que, si lo hubiese llevado con desenvoltura, hubiera sido menos malo.

La madrastra continuó:

—En cualquier caso verlo no te compromete a nada. Antes de rechazarlo, velo.

Incliné la cabeza resignada. No es que me disgustase verlo. Incluso era mi deseo. Pero me desagradaba que el matrimonio se presentase de un modo tan diferente a aquello que había soñado.

Había sido el señor Bonelli el que había propuesto para mí al notario Scalchi, como había propuesto varios años antes a Antonio Ambrosoli para mi hermana. Parecía que aquel lejano pariente tenía la misión de darnos un marido.

Fue pues, para colmo de lo embarazoso, en su casa, y en presencia de María, donde tuve que ver a mi pretendiente.

Fuimos a casa de los Bonelli después de su almuerzo, hacia las siete. El esposo no estaba todavía allí. Se hablaba abiertamente de aquel encuentro, y del motivo que lo provocaba.

María decía:

—Es un hombre guapo, solo tiene aquel defecto. Además, que lo sepas, ya ha rechazado a esposas con dote. Le habían propuesto a la señorita Vivanti, y no la quiso porque era demasiado pequeña. Le fue presentada mientras estaba sentada en un diván un poco alto, y vio que los pies no le llegaban al suelo…

La señorita Vivanti era un pequeño monstruo que los parientes y amigos intentaban casar desde hacía varios años, sin lograrlo nunca. ¿Cómo podía ser un hombre al cuál se le proponía aquella especie de novia?

Llegó casi de inmediato, y la primera impresión no fue desfavorable. Era alto, un poco grueso, pero bien hecho. Tenía una foresta de cabellos castaño claro, todos puntiagudos y cortados a cepillo. Se veía que ni siquiera pretendía llevarlos hasta la sien para esconder su defecto. Además no habría podido; eran cabellos híspidos que no se plegaban.

También para él la primera impresión debió ser favorable, porque, apenas me encontró con la mirada, la fijó durante un minuto, se puso rojo como un jovencito, y perdió el aire de desenvoltura con el cual había franqueado puerta. Cuando me lo presentaron tuvo un momento de embarazo, y, al sorprender que mis ojos se dirigieron a su sien derecha, se sonrojó de nuevo.

Pero se recuperó de inmediato, y tomó parte en el discurso que hacían los hombres. Tenía una voz armoniosa, y hablaba bien. Se explayaba sobre los arrozales del Vercelli; deploraba que estuvieran demasiado cerca de la ciudad, pero calificó de exagerada y sentimental la compasión de los escritores por los arroceros. Decía que, tratados humanamente por los propietarios, podían atender aquellos cultivos sin sufrir por ello. Y explicaba todo un sistema de higiene para aquellos campesinos, que me aburría mucho.

Me hubiera gustado que me hablase de sus esperanzas, de la impresión que le había causado... de amor en suma.

María, como astuta anfitriona, supo procurarnos un coloquio solos. Nos hizo salir a todos al balcón; luego, poco después, volvió con la madrastra a preparar el té, y los demás la siguieron. Nos quedamos solos en el balcón.

Mantuve mis ojos fijos en la calle, y estaba callada, ansiosa por escuchar lo que diría.

Parecía que lo pensaba mucho, porque estuvo un buen rato sin hablar, después se apoyó en el alféizar junto a mí y dijo:

—No he escuchado su parecer señorita, sobre la cuestión que se discutía antes.

Pensé que había discutido con padre o con el señor Bonelli sobre nuestro matrimonio; sentí que me subía un rubor a la cara, y totalmente confundida pregunté:

—¿Qué cuestión?

—La de los arrozales.

Pensé que bromeaba, y lo miré estupefacta. Pero él, sin hacer caso de mi estupor, continuó:

—Mis terrenos, los pocos que tengo, porque no soy un gran terrateniente, están en el arrozal. Y vivo allí parte del año para supervisar yo mismo las labores. Para los propietarios de los arrozales es una obligación de conciencia; sino hay que apoyarse en los intermediarios y entonces sí que los pobres jornaleros, en esas manos, son oprimidos por un trabajo excesivo, mal pagados, mal nutridos, alojados como Dios quiere, tratados como esclavos.

Respondí un poco enojada:

—De eso no entiendo. Tenemos poquísimos terrenos hacia Gozzano; bosques y viñedos. Los arrozales no los conozco.

—Pero podría encontrarse en el caso de conocerlos, de poseerlos. Y me gustaría que comprendiese la necesidad de sacrificarse para supervisarlos personalmente. Digo sacrificarse, porque entiendo que es un verdadero sacrificio, especialmente para una señora. Yo, por ejemplo, tengo una casa grande, cómoda, incluso bastante elegante; pero no es una villa donde se puedan hacer invitaciones, en la que pueda divertirse. Se dan paseos durante todo el día, pero por la noche tienes que retirarte pronto, estar encerrado en casa para encender el fuego...

Comprendí que quería prepararme para la vida que me esperaba; pero me hubiera gustado que pusiera un poco más de sentimiento. Estaba desanimada. Tal vez lo notó, porque dijo:

—Yo estoy acostumbrado, y lo hago de buena gana, por un sentimiento de humanidad; pero siento que si en esos meses, en esas largas tardes neblinosas, tuviese a alguien cerca...

Vaciló de repente; hizo una pausa, tal vez buscaba en mis ojos un estímulo para explicarse acerca de ese *alguien*; pero no osé darme la vuelta, y concluyó con una risilla llena de misterio: «Me acostumbraría aún mejor».

María salió con dos jarritas de té y mientras me pasaba la mía susurró:

—¿Cómo va?

Y al verme colorada y confusa, ella misma insinuó que iba bien.

Estaba desalentada, porque frente a aquel hombre positivo y en la neblina de sus arrozales, veía desvanecerse mis sueños sentimentales. Pero estaba resuelta a esposarlo para no permanecer solterona.

Todos salieron al balcón con las jarritas saboreando el té, persuadidos de que esos pocos minutos eran suficientes para hacernos decidir toda nuestra vida.

De hecho fue suficiente. Habíamos decidido.

El señor Scalchi salió antes que nosotros, y el señor Bonelli, que lo había acompañado a la antesala, volvió muy satisfecho diciendo:

—Él está feliz, y manifiesta que no podría desear una esposa más bella, más gentil. Está incluso enamorado, y sólo teme no ser aceptado. Le temblaba la voz al hablarme. Me estrechó la mano con llanto en la garganta: estaba completamente conmovido.

Me asombró aquella conmoción que sólo había estallado en la antesala, mientras, frente a mí, no le había sugerido una palabra. Pero me causó placer y me sentí halagada. Podía incluso ayudarme a salir del embarazo. Todos me miraron esperando mi respuesta; y la madrastra, viendo que permanecía callada, me preguntó:

—¿Y tú qué dices? ¿Te gusta sí o no?

Tartamudeé:

—Si no tuviese ese antojo...

—¡Ah! si no lo tuviese sería mejor sin duda. Pero lo tiene. Esto es inevitable. Debes aceptarlo con ese añadido o rechazarlo.

Todavía hice una objeción, para salvar mi dignidad.

—¿No podría hacérselo quitar?

Hubo un momento de silencio y de embarazo. Todos se miraron, y me pareció leer en todos los rostros una expresión de reproche. Luego el señor Bonelli respondió:

—¿Cómo le propones tal cosa? Además, si una operación fuese posible la habría hecho cuando era más joven...

La madrastra me dijo severamente:

—¡Qué te parece! Exponer la vida de un hombre por un capricho…

Y María observó:

—Sería una mortificación para él, sentirse reprochado por su defecto, ahora que te ha conocido, y está enamorado de ti... Sé generosa; acéptalo como es...

Padre la interrumpió:

—No la influyas, María. Deja que piense por sí misma. Rezo al Señor para que le dé una buena inspiración; enciende también una vela a la Virgen, y luego haz aquello que el corazón te aconseje. Se trata de toda tu vida. Si el esposo no le gusta es mejor que diga no de inmediato, para no arrepentirse después.

No estaba en absoluto dispuesta a decir que no. Incliné la cabeza en silencio; pero todos entendieron que había aceptado, y durante el resto de la velada se habló del patrimonio de los Scalchi, de sus posesiones en Borgo Vercelli, del bufete en Novara, de su socio, así como de cosas que nos tocaban muy de cerca.

Por la mañana definitivamente dije que sí.

El esposo fue admitido en casa. Me trajo los habituales regalos nupciales, buscó alojamiento e hizo transportar sus muebles desde Vercelli, y finalmente se fijó el día de las nupcias, que gracias a las buenas condiciones financieras del esposo, se debían hacer con solemnidad.

A partir de ese momento ya no tuve tiempo de pensar en mis aspiraciones pasadas, y casi ni siquiera en mi esposo. El matrimonio, con sus formalidades preventivas, me absorbía por completo, y absorbía también al resto de la familia. Mi hermana había confiado su hijito a la suegra, y había venido a Novara para ayudarnos. Todo el día estábamos por ahí haciendo compras, o visitas de compromiso. Y por la noche, yo y mi hermana, hacíamos copias, con nuestra escritura más cuidadosa, de un epitalamio que padre había preparado para mi boda.

En cuanto una copia se terminaba, él la corregía, —siempre había algo que corregir en nuestras copias—, luego la enrollaba, la ataba con una cinta roja, y escribía en ella el nombre de los destinatarios, con precisión notarial: «Señor Bonelli, ingeniero Agapito, y yerno e hija, cónyuges de Crespi». «Señor Martino Bellotti, doctor en medicina, cirugía y obstetricia, y consorte».

Mientras tanto la madrastra combinaba el convite y las invitaciones, y de vez en cuando interrumpía nuestro trabajo, para consultarnos y tener largas discusiones

Que yo recordara nunca se había hecho una invitación a almorzar en nuestra casa. Teníamos el hábito de comer en la cocina, al toque, y cuando venía el tío Remigio, o alguno de los Ambrosoli, o cualquier otro pariente de fuera, se le ofrecía la comida de nuestra familia, sin ningún añadido, sobre aquella mesa de cocina, entre los fogones y el biombo de la tía.

Ahora el biombo ya no estaba; pero en cualquier caso no era posible servir un convite nupcial en la cocina. Había que poner la mesa en el salón.

Aquella novedad supuso un gran orgasmo. Había que sacar fuera los sacos de maíz, las patatas, las castañas y todo; hubo que destapar los muebles, colgar las cortinas, y sacar las mesas redondas para sustituirlas por la grande de la cocina. Aunque no era lo suficientemente larga, y aún se añadieron en los dos extremos las mesas redondas que eran un poco más bajas, lo que producía un efecto curioso y poco atractivo. Ninguno de nuestros manteles tenía la dimensión de aquella mesa tan alargada. Y las dos mesas redondas también tenían un mantel aparte, de modo que no casaban entre sí, y quedaban un escalón por debajo de la mesa central.

Padre sugirió esconder el escalón bajo una capa de flores; pero renunció a ponerse, como se hacía antes, a la cabecera de la mesa, porque, teniendo que sentarse más bajo, no hubiera dominado toda la mesa leyendo el epitalamio. Escogió el asiento del centro, y la madrastra el otro frente a él, aunque aquella nueva moda francesa no fuese de su gusto.

También mi vestido de novia había sido argumento de muchas discusiones. La solemnidad que se quería dar a la ceremonia, sin embargo no alcanzó al lujo del vestido blanco. Un vestido de seda coloreada con cola, el cual yo había asignado y con el que estaba soberbia, María lo encontró inadecuado a las circunstancias y *provinciano*. Entonces la madrastra tuvo el pensamiento de vestirme de viaje, y aunque se le hizo observar que no haríamos ningún viaje, no se dejó convencer, y el vestido de viaje fue aceptado.

Finalmente llegó aquella mañana esperada y temida. Cuando estaba totalmente vestida como una *turista* que se dispone a dar la vuelta al mundo, comencé a llorar abrazando a todos antes de ir a la iglesia, como si nunca más nos volviéramos a ver en este mundo. Luego, durante la ceremonia lloré tanto que fue un milagro si escucharon el *sí*, que traté de pronunciar entre dos sollozos. Después volví a llorar en silencio durante todo el convite, respondiendo con un pequeño sollozo cada vez que me hacían un cumplido, tanto que dejaron de hacerlo, y comieron todos quietos, hablando de cosas serias, de las cosechas, que aquel año eran buenas, de *nuestros vinos* del Alto Novarese que nada tienen que envidiar a los del Piamonte, y del segundo vino, «*el llamado vinillo* que es excelente, y tan conveniente para el uso de la familia».

Luego, en los postres, cuando padre desplegó uno de los tantos folios que había escrito yo misma, comenzó a leer en voz alta:

En este día, consagrado al Himeneo, rezo a
La Virgen y a los Santos para que os sean propicios,

aquellos versos, que sabía de memoria, me conmovieron hasta el punto de que estallé en un llanto muy intenso, y tuvieron que conducirme fuera.

Así, después de todos estos años de amor, de poesía, de sueños sentimentales, quedó concluido mi matrimonio.

Ahora tengo tres hijos. Padre, que aquel día del encuentro con Scalchi había encendido él la vela que me aconsejaba, dice que la Virgen me dio una buena inspiración. Y la madrastra afirma que he retomado mi aire beatífico y tontorrón de los primeros años.

El hecho es que engordo.